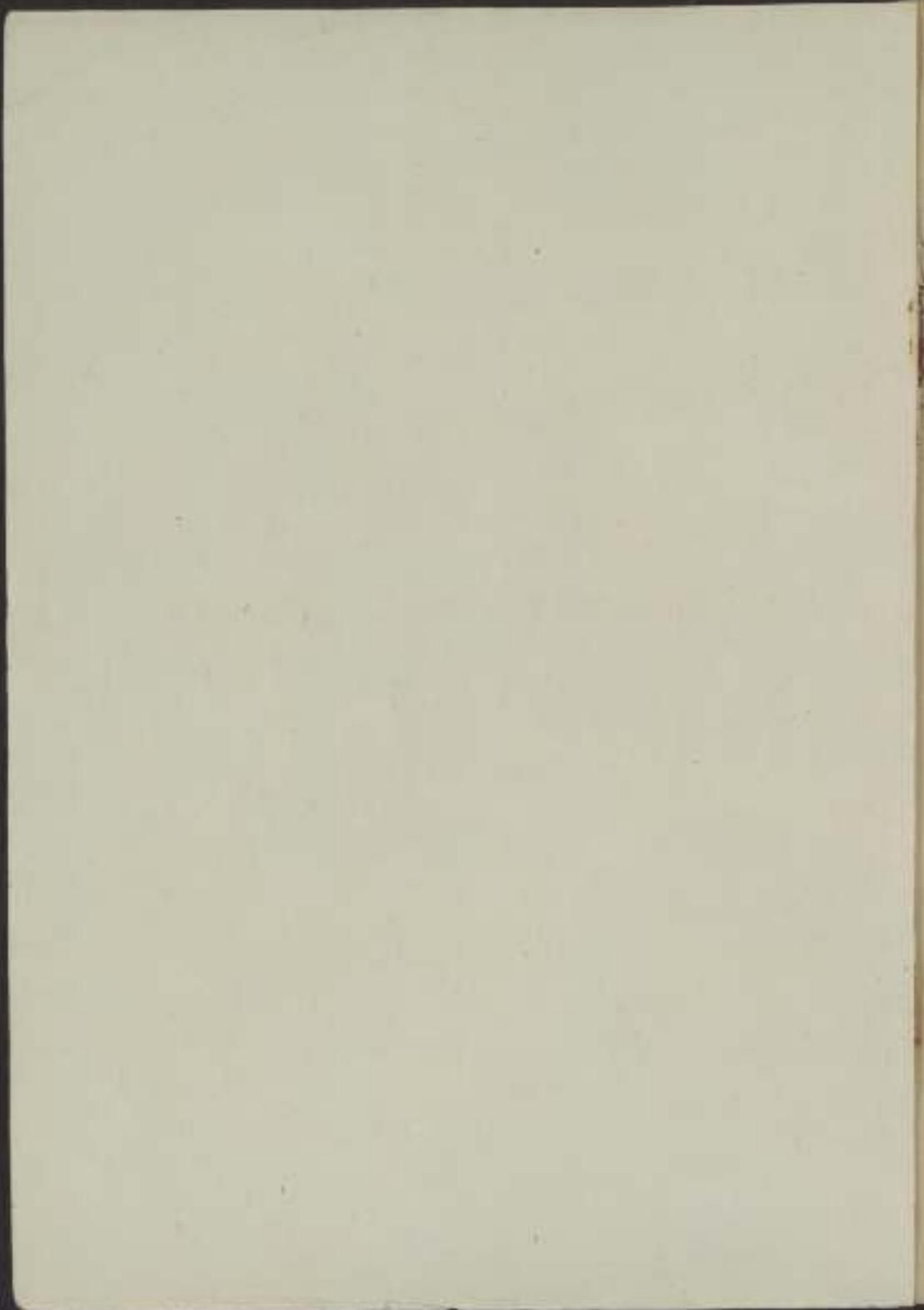




El
FANTASMA *y*
DE JUANITA

Antonio
CASAL · DELGADO
Mary
Juan Espantaleón · Alberto Romera





EL FANTASMA Y DOÑA JUANITA

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

EDICIONES BISTAGNE

**EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS**

Pasejo de la Paz, 10 bis - Teléfono 18841 - Barcelona

EL FANTASMA Y DOÑA JUANITA

Argumento cinematográfico basado en la novela «Romance
del fantasma y Doña Juanita», de

JOSE M.º PEMAN

Diálogos

JOSE M.º PEMAN

Adaptación y Dirección

RAFAEL GIL



PRINCIPALES INTÉRPRETES

ANTONIO CASAL

MARY DELGADO

con

Juan Espantaleón

Alberto Romea

y

Milagros Leal - Camino Garrigó - Juan Calvo - José Prada - José Isbert - Angellita Novalón - Joaquín Roa - José Jaspe - José Calle Manuel Requena - Nicolás D. Perchicot - Manuel Paris - Jesús Tordesillas - José Ramón Giner - Enrique Herreros

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

Vda. J. Ferrer Coll : Valencia, 197 : Barcelona

El fantasma y Doña Juanita

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

CAPITULO PRIMERO

PRELUDIO

Llegadas a cierta edad, las solteras, con muy buen acierto, dedican su atención y todos los esfuerzos de su voluntad a señalarse en aquellos acontecimientos en que jamás fueron, por desgracia, protagonistas. Esta somera aclaración bastará para explicar el enorme interés con que doña Juanita se movía en el comedor de su casa.

Agitando con prestesa y pulcritud sus ya viejas manos y deteniéndose de vez en cuando para ordenar algo a Clara o para echar una mirada apreciativa a la larga y suntuosa mesa, que había de ser teatro de una magnífica merienda, parecía que los años habían volado de ella,

animada por el fuego sagrado de colaborar en la felicidad ajena.

—Esta taza no corresponde con el platillo—protestaba como si de ello dependiera la salvación de un alma.

—Es que están desparejadas. De las tazas con flores hay veinticuatro, y nada más que veintidós platillos...—anunciaba Clara.

—Ya podías haberlo dicho. Habrá que comprar los platillos...

—O romper dos tazas...

La mirada con que la fulminó doña Juanita indicaba que los medios violentos de igualación, propuestos por Clara, eran innecesarios, ya que entraban en los méritos.

EL FANTASMA Y DOÑA JUANITA

tos cotidianos de la criada. Pero contuvo la protesta y ordenó tajante:

—¡Ven conmigo! Bajaré ella y estará todo sin arreglar. Si yo tuvieras tus años... ¡Vamos a ver las flores de la entrada!

Señora y criada se encaminaron al vestíbulo, cuajado de flores y engalanado para el acontecimiento que tenía nerviosa a doña Juanita, la cual prodigó unos toques a un ramo colocado en lugar privilegiado. Dió unos pasos atrás y aprobó:

—Muy bien... muy bien... Se ha lucido Bautista... Rosas...

—Siempre el nombre de la novia... comentó Clara embobada.

—Y entreveradas con azahar... Es como un jeroñi... Bueno, digo: como una adivinanza.

—La solución dentro de un mes, ¿no, señorita?—suspiró Clara.

—Todavía no está fijada la fecha de la boda—contestó doña Juanita.

Se sumió en una meditación que la debió llevar a épocas pasadas, pues en su rostro se dibujó una expresión que la rejuvenecía extrañamente. Algo así como un nuevo despertar del alma, una reencarnación en el cuerpo de su sobrina, heroína de todos sus desvelos y ambiciones. Y es que, mentalmente, iba recordando la nota de sociedad, con fotos y todo, tantas veces leída aque-

lla mañana, que publicaba "El Eco de la Región" en lugar muy destacado:

"Petición de mano. Esta tarde se celebrará una gran fiesta en los salones de nuestra distinguida amiga doña Juanita Izquierdo, con motivo de anunciarse el próximo enlace de su bella sobrina Rosita con el conocido industrial de esta villa, don Serafín González".

Después, con una violenta sacudida de hombros, tornó al atafagado mundo que tenía delante y, tal vez para excusar su ensimismamiento, ordenó bruscamente, en tono perentorio, mientras golpeaba la esquina de una mesa:

—Aquí hay que poner un cenicero.

—Traeré uno de la salita.

—De donde sea. Y tráete más rosas. Yo voy a darle un vivo a Rosita. Capaz será de no haber empezado a vestirse todavía...

Cada una marchó a la ocupación determinada por doña Juanita, la cual pisó los peldaños de la escalera y poco más tarde golpeaba la puerta de una habitación, pero en vano, pues nadie respondía a su llamada.

—Rosita... hija... ¿Dónde estás?

Abrió la puerta y enmudeció. En la alcoba de su sobrina, no sólo no estaba ella, pero tampoco na-

die. Reinaba en ella un desorden capaz de producir en la mente de la persona más equilibrada otro más terrible. Las ropas sobre la cama, el armario abierto... todo narraba la precipitación de su ocupante.

Doña Juanita, con el alma en un hilo, avanzó hacia las cortinas que disimulaban la entrada de otra habitación y las recorrió con un gesto decisivo. Tampoco había nadie. Se volvió hacia la salida con un gesto de mal humor tanto más natural cuanto, además de ser ella persona ordenada, no es lógico que el día en que una muchacha se promete dé muestras de un descuido tan atroz, capaz de alarmar al novio más corto de vista.

En el pasillo halló a una criada anciana, de confianza, llamada Blasa, que no se apresuraba mucho en su tarea de transportar un cesto cargado de ropa.

—¡Rosa! ¡Rosita! — gritó doña Juanita.

—¿Preguntaba usted por la señorita?—dijo pausadamente Blasa.

—Sí. ¿La has visto?

—Yo vengo ahora del planchadero...y vaciló.

—Y... ¿qué?—le apremió su señora.

—Que allí no está...

Aquello era demasiado extraño para que la solterona celebrase la

calma de Blasa. Salióse, pues, de sus casillas, sin poder contener sus nervios:

—¡Tienes la sangre de almidón!
— inició el descenso, gritando:
¡Rosita!... Hija... Rosita...

Blasa puso la cara común a todos los genios incomprendidos, mientras seguía su camino. Doña Juanita se cruzó después con Rosario, que cumplimentaba su encargo anterior, y la detuvo:

—¿No entró por aquí la señorita...?

—No, señora...

La generación presente era incomprendible. Los minutos abrumaron a doña Juanita. Los invitados podían estar al caer.

—Hija, Rosario, ve tú a la cocina que capaz será de haberse puesto a hacer un postre. Y manda a Clarita al número cinco... ¡A lo mejor allí está de tertulia sin mirar el reloj!...

Algo consolada por el apresuramiento de Rosario, terminó de bajar los últimos peñaños. Pero la inquietud renació al contemplar la entrada del patio-jardín.

Precisamente en un rincón de éste, custodiado por una escultura que representaba a dos amantes próximos a besarse, sonaban las voces de dos personas jóvenes, de un hombre y de una mujer, hablando

EL FANTASMA Y DOÑA JUANITA

con el nervosismo de los que están a punto de dar un paso trascendental para su existencia.

Eran Rosita y José Palacios, el cual escuchaba con impaciencia y lanzando turbadas miradas a los contornos, no seguro de que su escondite disimulara su atrevimiento de presentarse ante la boca del león.

Rosita, como suele suceder en casos parecidos, llevaba la voz cantante e intentaba convencer a Palacios de algo de que ella misma dudaba.

—No sé si ha sido una debilidad concederte estos minutos. Pero me resistía a que esto acabara así, para siempre.

—¿No te da frío esa palabra?—
—gimió él— ¡Siempre!

—En adelante, cuando te encuentre alguna vez, José, ni te conoceré.

La protesta del joven fué pronta y apasionada, como la del condenado a muerte que ruega el indulto:

—No es posible, Rosa, no es posible... Nos faltará el valor.

—Empieza a demostrar desde ahora que no te faltará... Vete, José, vete.

—¡Es horrible esto!... ¡Rosa!

Pero quizá fué su impetración la que hizo sacar a la muchacha fuerzas de flaqueza. Lo romántico de la

situación, el sacrificio que ella misma dictaba, la rodearon de una aureola de heroísmo.

—No, José... ¡Eso no!

De pronto los dos enamorados se callaron como chiquillos cogidos en una falta y miraron hacia la casa, sin saber qué hacer. La voz de doña Juanita se oyó lejana y tajante, a pesar de la nota de ansiedad que en ella temblaba.

—¡Rosita!

Doña Juanita escuchó unos segundos y avanzó por el romántico y viejo jardín, cuyo descuido aumentaba el encanto.

—¡Rosita! ¡Rosita!... Nada...—
dijo en voz alta.

Pero sí hubo algo. Un ruido semejante a pasos precipitados que huyen, a ramas que se mueven con violencia para dejar escape a un cuerpo duro y voluminoso, llamó su atención hacia el grupo escultórico. Y miró con atención.

Pudo percibir en un recodo de un caminito el bulto de una persona imprecisa, a causa de las hojas, corriendo velozmente. Doña Juanita, asombrada por el descubrimiento y presa de tenebrosas aprensiones, se apoyó en su bastón, al que apretó sin fuerza, y avanzó hacia el desconocido presurosa, inquieta:

—¡Eh!... ¡Oiga!... ¡Oiga!... ¡Usted!

Sus gritos no decidieron a José Palacios a detenerse, antes bien impulsaron a sus veinticuatro años a correr con todo el vigor común a tal edad. Llegó a la verja, intentó saltarla y se cayó al suelo. Antes de que lograra reponerse del batacazo, apareció trotando doña Juanita.

Palacios se puso en pie de un salto al verla, como si hubiera recibido una descarga eléctrica y se removió en todas las direcciones, pero tarde, pues la solterona se apoderó de las solapas de su americana y le sacudió.

—¿Qué hacía usted aquí? ¿Qué pretendía robar?

—¿Robar?... No, no, señora... Estaba viendo el jardín... Y se cayó dentro el sombrero... ¿Ha visto usted mi sombrero por ahí?

Simuló buscarlo, mas desgraciadamente lo llevaba en la mano.

—Yo le he visto a usted intentar saltar la tapia. Lo suficiente para llamar al cuartelillo de la Guardia Civil...

—No es usted justa...—protestó Palacios.

—Soy yo, no usted, la que tiene que hablar de justicia. No se entra impunemente en una casa ajena...

Por segunda vez fué interrumpi-

da. Una voz débil, femenina y tímida, cortó su conversación, si así puede llamarse. Ambos volvieron instantáneamente la cabeza hacia ella. Una con asombro; el otro con temor. Era Rosita.

—¡Tía Juanita!...

—¡Rosita!—exclamó ésta al verla salir de un matorral—. ¿Tú?... ¿Acaso estabas...?

Soltó a Palacios y empezó a comprender la verdad del asunto y mucho más al aseverar su sobrina:

—Este muchacho... tía... estaba hablando conmigo. Se despedía en el momento en que usted ha llegado... No venía a robar...

José daba vueltas a su sombrero, negaba con la cabeza y con todas sus fuerzas, como corroborando las palabras de Rosita.

La solterona les escrutó con firmeza. Algo semejante a una mano de hielo atenazó su corazón e impuso un nudo en su garganta. Las rozobrantes sonrisas de ambos no tuvieron eco.

—Por lo menos no venía a robar cosas de poco valor... ¡Salga usted de aquí!

El ademán imperioso de doña Juanita hizo ver el cielo abierto al intruso, que se precipitó de nuevo hacia la verja, dispuesto a saltarla, diciendo:

—Ahora mismo... Sí...

Pero la solterona le contuvo, separándose de su sobrina, con alguna piedad de su arromamiento:

—¡Por la puerta! Es por donde salen las personas decentes. Le hago a usted el honor de ofrecérsela para salir...

Le señaló con majestad, a medida que hablaba, la dirección de la casa.

Mientras se marchaba, sin atreverse a dar la espalda y retrocediendo con torpeza, José le contestó:

—Sí, señora, sí... Tiene usted razón... A los pies de usted... Gracias...

Así que se hubo alejado unos metros, que estimó convenientes para poner a salvo su dignidad, dió media vuelta y huyó disparado.

Rosita se acercó con cautela a su tía. Las dos mujeres se miraron, lo que contribuyó a aumentar la embarazosa situación. De sobras sabía doña Juanita cuanto había ocurrido; lo había adivinado. Era necesario mortificar algo a su asustada sobrina, mortificarla en bien de ella misma, y por eso comenzó a reñirla con el ceño fruncido:

—¿Qué es esto, Rosita? Tienes que explicarme todo; aunque turno que lo que he visto lo explica demasiado claramente...

—Tía... no pensarás...

—¡No tengo que pensar, sino ver!... Precisamente el día que anunciamos tu noviarzo oficialmente con un hombre tan bueno como don Serafín, que no se merece tu conducta...

Rosita se agitó con inquietud. Vacilaba a ojos vistos; porque, en efecto, existía un atroz dilema. Se mordió los labios y pareció que este gesto le dió fuerzas.

—Ese muchacho, tía, no merecía que nuestra amistad... Sí, nuestra amistad únicamente—no me mires así—terminara sin una despedida... No volveré a verle más...

—Una amistad... ¿que escondías a todos!—dudó doña Juanita— ¡Es el amor lo que se esconde, no la amistad!...

Se separó de su sobrina refunfuñando una ira que no sentía. La joven la miró con los ojos llenos de lágrimas antes de arrojarle en sus brazos, conteniendo sus sollozos, puesto que sólo servirían para delatarla.

—No, tía... Yo quiero a Serafín, sé que él es bueno, me quiere... que es una boda que nos conviene a todos en casa... ¿Qué más queréis?... Esto era una despedida para siempre...

Nuevamente esta palabra despertó las protestas de una persona.

EL FANTASMA Y DOÑA JUANITA

Doña Juanita meneó la cabeza pensativa.

—¡Siempre!... ¡Siempre!... ¡Qué palabra más temeraria para afirmarlo, ni del cariño... ni del olvido!...—la cogió del brazo—. Vamos, Rosita, ven. Has de hablar conmigo, y mucho... y con el corazón en la mano...

La última frase la estremeció. Doña Juanita, lentamente, casi llevándola al impulso de su brazo, se internó con ella en el jardín, hacia la casa, mientras la suspensión de su frase pareció quedar flotando en el aire, aumentando el encanto del viejo, pero romántico jardín.

El cuarto de doña Juanita, a donde la solterona guió e hizo sentar a su sobrina, poseía esa especie de aroma emanado por las cosas antiguas, que tiene el vigor suficiente para abismar en el ambiente de otras épocas.

Era un gabinete íntimo, repleto de cuadros y de innumerables retratos desteñidos y acartonados en las paredes. Un piano reposaba adosado contra el tabique; las consolas y los cachivaches, las pesadas cortinas y los tupidos visillos indicaban que su tiempo había pasado, pero que todavía existía alguien capaz de monologar con ellos y de comprender toda su honda significación: Juventud perdida

para el cuerpo, mas no para el alma.

Rosita, consolada por la tranquilidad del gabinete, apoyó la cabeza en el hombro de su tía, y dió libre suelta a las lágrimas que hasta entonces se habían negado a correr. Su tía la acarició animándola.

—No llores, Rosa; escucha... En este momento sé de verdad, más que sabes tú misma... Yo no dudo de tu firme deseo de querer a Serafín, de olvidar a ese muchacho del que estás enamorada...

Rosita levantó la cabeza y quiso implorar piedad, con el rostro cubierto por el rubor:

—Tía...

Pero la sonrisa bonachona de doña Juanita disipó su alarma:

—Si protestas, diré enamoradísima...—cambió de acento—. No dudo de tu buen deseo.

—Entonces, ¿de qué dudas?

—De nada... Porque no dudo tampoco de que todo tu deseo será inútil. Tú eres joven para comprenderlo. Con el amor no se puede jugar... Ni menos esconderlo, porque entonces se convierte en un fantasma que nos atormenta toda la vida...

—¿Un fantasma?

Doña Juanita se sonrió, expresando ligeramente la burla que sentía.

—Nunca se pronuncia en casa

EL FANTASMA Y DORA JUANITA

esa palabra, ¿verdad? Pero alguna vez, en alguna esquina, habrás oído, al pasar yo: "Ahí va doña Juanita, la del fantasma..."

Rosita bajó la cabeza, sin atreverse a confesar que la suposición era acertada.

—Te voy a contar toda la historia que dió lugar a esa leyenda mía, que no sé si me atormenta... o me consuela...

Se levantó y estiró el cajón de una cómoda, regresando al diván con un montón de papeles y retratos descoloridos, en tanto que hablaba sin detenerse:

—...Todavía algunos la recuerdan y la cuentan en las noches de invierno. Otros la han olvidado ya... ¡yo no la olvidaré nunca! Te serviré para que sepas que el amor no pacta, hijita, con la mentira ni con el disimulo. Mira—le enseñó un retrato—. Soy yo, cuando tenía veinticinco años. Te parece mucho a mí, ¿verdad?

Rosita le devolvió el retrato y timidamente preguntó:

—Y de él... ¿Tienes algún retrato?

—No...—contestó con tristeza—, imagínatelo igual que ese otro, el que quería saltar por la verja, que también es él. ¿Para qué ponerle un nombre y una cara a una cosa tan eterna y tan igual?... Mira: Es un programa de circo. Y le entregó un viejo papel doblado.

En efecto, era un gracioso programa de circo, de primeros de siglo, con grabados alegóricos y letras gruesas. Lo contemplaron unos momentos y, entonces, doña Juanita empezó a narrar su historia y la del fantasma:

—Hace muchos años, cuando yo era joven, llegó a la ciudad, por los días de feria, un circo ambulante como aquí nunca habíamos viato... Todo el mundo salió a recibirle con alegría...

CAPITULO II

EL CIRCO EN VILLA CLARA

El Circo avanzaba, en medio del júbilo general, por la calle más populosa de Villaclara, haciendo su banda, por estridente que fuera, las delicias de grandes y de pequeños. Aquel año la feria sería *sonada*.

En el primer paseo, de propaganda, los espectadores se maravillaron ante el chaquet deslumbrador de monsieur Brochard, el director; la delgadez de la Bella Ernestina, cuyas melenas eran largas y rubias; las jaulas de las fieras; el payaso Tonny y su bien vestida mona "Doña Micaela"; por fin, ante el elefante, conducido por un hombre embadurnado de negro y con el atuendo de un fakir, y un par de odaliscas. Después, pasó la banda del Circo, que soplabá y reseplaba con enorme entusiasmo, en sus bombardinos, mientras relucían los botones de su uniforme.

La alegría pública se desbordó y una turba de personas siguió a la

caravana, que dobló el recodo de una calle.

Esto era lo que quería monsieur Brochard, que el público se diera cuenta de la importancia de su espectáculo y de su enorme actividad, que presenciara cómo el gran entoldado era montado en un abrir y cerrar de ojos y cómo los vagones se alineaban formando una pequeña calle...

Una vez estuvo el Circo completamente instalado, Brochard subió con sus mejores galas a una plataforma en donde la orquesta tocaba incansable, ordenando a su compañía, vestida ya, para la presentación.

Una gran muchedumbre se agolpaba ante ella, comiéndose con los ojos todos los detalles. Por fin, con un gesto imponente, el director hizo callar a la orquesta y sonó un gran redoble, mientras se adelantaba al público para hablar.

—Señoras y señores... ¡Ante to-

do un saludo del Circo de la Alegría!... ¡Oh, la, la! Esta noche, gran función sensacional y extraordinaria... ¡Diez formidables atracciones!... ¡Tony y su mona "Doña Micaela"!... ¡El número de la risa!

Alargó su diestra hacia el payaso y Tony y la mona saludaron rendidamente. La banda hizo un nuevo redoble y algunas madres alzaron sus hijos sobre la cabeza para que pudieran contemplar el mágico espectáculo.

Y Brochard, reventando de optimismo y miales, siguió presentando al elenco:

—¡Hermanos Alvarez, el trapecio!... ¡Los hombres voladores! ¡Las águilas humanas!

Pero en el momento en que una sonrisa deslumbrante se extendía por su faz, en ésta cayó una gota de agua, obligándole a estudiar, alarmado, el cielo.

Unos nubarrones negros y gigantescos, cargados de lluvia e impelidos por el viento, justificaron su mueca malhumorada y su exclamación. La lluvia parecía esperar la más leve invitación para inundar la tierra.

Brochard hizo de tripas corazón y, a pesar del mal cariz del tiempo, no amainó su entusiasmo.

Sin arredrarse continuó anunciando:

—¡El mago del Tibet! ¡Con su baúl infinito y su gran trombón prevenido!

El mago del Tibet, prestidigitador bajito y gracioso, saludó seriamente, señalando a la "Bella Ernestina", con traje de domadora y rodeada por media docena de perros, y su voz se suavizó notablemente:

—...Y ahora... La domadora internacional con fama en el mundo... y en otras partes. ¡La Bella Ernestina!... que esta noche les presentará su magnífica, única e incommensurable colección de perros amaestrados...

La música tronó con la fuerza de un huracán, mientras la domadora recibía impertérrita la atonadora salva de aplausos.

Un matrimonio provinciano, que llevaba una niña cursilota y emperifollada en brazos, comentó:

—Pues no ha dicho domadora, ¿cómo va a traer perros?

—Estarán rabiosos — dijo muy serio su esposo.

La domadora se retiró en medio de los aplausos y de los esfuerzos de Brochard por hacerse oír. Se dirigió hacia Ernestina y se inclinó graciosamente:

—A los pies de la Bella Erne-

tina la prensa mundial ha vertido una lluvia de flores, una lluvia de elogios, una lluvia...

Como la que empezó a caer con desatada furia. Con una mucca de contrariedad, se enderezó Brochard para contener la precipitada huída del público, que quería poner a salvo sus trajes domingueros. Pero fué en vano. Se quedó solo.

Incluso los artistas se indisciplinaron, procurando esquivar el agua. Solamente permanecieron algunos curiosos previsoros, que abrieron los paraguas que llevaban.

—¡Señoras y señores!... ¡No olviden que esta noche es la primera función sensacional y extraordinaria!—los artistas escaparon sin hacerle caso—: ¡No se muevan! Vite... ¡Hagan algo por el público!... Tonny, allez... ¡Cobardes!... ¡Oh, esto es terrible!

En la pista del Circo, tan seca que confortaba, los artistas, que inconscientemente se habían puesto en fila, aguantaban un nuevo chaparrón, mientras se secaban con disimulo: el de los improperios que monsieur Brochard les dedicaba con la generosidad de quien se sabe rico en ellos. Recorría la fila y vertía su billa pródigoamente sobre uno y otro, hasta llegar frente a la Bella Ernestina, que de una

sola mirada cortó en seco su indignación.

—Un momento, *Pierre*... Sigame. Tengo que hablarle.

—*Pardon... Oui, oui... Un moment* — masculló el director siguiéndola con las orejas gachas.

Los artistas no hicieron ningún comentario. La intervención de la domadora había sido providencial, sobre todo para Tonny, que regresó con la mona en el mismo instante en que empezó a oírse gritar a la Bella Ernestina al otro lado de la delgada lona. Todos sonrieron y aprobaron a "Doña Micaela" que se llevó las manos a la cabeza.

La Bella Ernestina pasaba sus gritos y su indignación de un lado a otro del pasillo del Circo, aunque avanzaba con dificultad entre los bultos y cachivaches que lo llenaban, seguida del implorante y enamorado Brochard.

—Es la última vez—¿oyes, *Pierre*?—, ¡la última vez que salgo antes de la función a exhibirme al público!... Es el público el que tiene que venir a mí. Yo soy un número internaciones, ¿me oyes, *Pierre*?... Soy un número...

—Sí... Eres un número... pero, ¡cálmate! — suplicó, sin conseguirlo.

—Tengo la medalla de las Exposiciones de Viena, Praga y Estam-

bul. ¡Ah, aquellos días en que me presentaba en París, en Londres, con mis cinco panteras de Bengala!... El público me acompañaba al hotel rodeándome con luces.

—De Bengala, sí... — concilió Brochard—. Cálmate, Ernestina.

—Pero, ¡se murieron mis adorables panteras y nadie me respeta! Ahora con mis perritos no soy nadie... ¡Ah, cuando éramos por esos circos cinco panteras y... yo!

Abrumada por el dolor y los recuerdos se dejó caer sobre un fardo y Brochard se le aproximó acólcito.

—Eso es: acís... Pero cálmate, perdóname. Estoy nervioso... Esta lluvia será mi ruina... ¿Quién va a salir a la calle para venir al Circo?

La domadora se humanizó, mientras él la arropaba con una chaqueta.

—¿Y yo qué culpa tengo?—dijo, no obstante—. Mi contrato no me exige domar los elementos.

—¿Tienes razón, *ma petite!* Pero, cúbrete, no vayas a enfriarte... *Mon amour...*

La lluvia había atravesado los remiendos de la lona y el agua formaba charquitos. Las gotas siguieron cayendo rítmicamente, incessantes, y los charcos crecieron; ya eran más que regulares cuando las

luces de los faroles se reflejaron en ellos.

En el exterior del Circo el cartel anunciador de la sensacional inauguración se despegó y fué arrastrado por el viento. La banda tocaba, cubierta por unos paraguas, en honor de la valentía de las escasas personas que desafiaban al mal tiempo y acudían a la representación.

El humor de monsieur Brochard podía soportar una comparación con los elementos de borrascoso que era. Con las manos en la espalda se paseaba nerviosamente, sin ver a los artistas que se preparaban para la función, puesto que sus ojos pendían del avance de las saetas de su reloj.

—¡Las diez!... ¡Que entre la banda!—siguió paseándose a grandes zancadas—. ¡Y llueve, y llueve!... ¡Mi ruina! ¡Hay que empezar!... ¡No olviden que es la función inaugural!... *Vite!*... ¡A la pista!

Estas últimas órdenes iban dirigidas al director de la Pista. El se paró unos instantes para componer su descompuesto rostro y, adoptando un gesto heroico, levantó las cortinas que comunicaban con la sala.

El Circo estaba casi vacío y las personas que lo ocupaban no pare-

EL FANTASMA Y DOÑA JUANITA

cían muy dispuestas a dejar comoverse con mucha facilidad. El ambiente era de sumo hastío.

Al redoble prolongado de unos tambores, avanzó presuroso monseñor Brochard hacia el centro de la pista. Sin inmutarse y con la mejor de las sonrisas, como si se dirigiese a una inmensa muchedumbre, anunció la solemne inauguración:

—¡Se inaugura el Circo de la Alegría! Saludo a Villalara y a su culto público inteligente... Preschto a ustedes nuestro primer número sensacional: Tonny con su amiguita "Doña Micaela"... ¡Atención!

Inició la retirada acompañado del redoble del tambor y salieron Tonny y la mona. Al llegar al centro el director de pista le saludó:

—Señor Tonny, buenos días...

—No, me llamo Matías... — dijo el payaso haciendo viajes de sordo.

Nadie rió como tampoco a continuación. Algunos espectadores comían.

—¿Y su familia?

—No tengo ninguna, Cecilia.

—Preguntaba qué cómo están en casa...

—¿Blessa? No conozco a ninguna Blessa. No tengo más familia que ésta... "Micaela", saluda a este señor... — así lo hizo la mona... Y

ahora, Micaela, saluda al público... ¡Vamos!

La mona hizo una reverencia. El viento hizo restallar la lona y un niño de pecho se echó a llorar desahoradamente, despreciando las amonestaciones maternas. Tonny siguió con su lamentable representación.

—¿No tienes algo que decir a estos señores?... ¡Vamos! — la mona levantó un brazo... — ¿No lo entienden ustedes?... Micaela quiere decir: ¡Viva Villalara!

Los rostros prosiguieron tan estólidos como antes, avaros de sonrisas. Brochard que, con la cabeza asomada entre las cortinas, deseaba estudiar la reacción del público, se desesperó.

—No se río nadie con ese idiota. ¡Fuera! ¡Otro número! ¡Música! ¡Pronto!

El director, Tonny y la mona estaban desconcertados por la indiferencia del público. Sólo se escuchaba el llanto del niño, pertinax, agudo. El director acarició la mona nervioso y, dirigiéndose al payaso, dijo algo, que se perdió el atacar el tambor un prolongado redoble, anunciando la salida de un nuevo número.

Brotaron los caballos de la apuesta "Mademoiselle Rose", siendo acogidos por los aplausos del

pública. Tonny, que aun no se había recobrado de su perplejidad, se escabulló atropelladamente y entonces, ante su torpeza, el público rió de verdad.

Brochard aguardaba a la victima ofrecida a su favor en el pasillo del Circo, junto a una mesita en la que reposaba un gran vaso de cerveza. Al entrar el payaso, corrió hacia la cortina y lo arrastró al rincón.

—¡Bravo, monsieur Tonny! ¡Estupendo! ¡Ha conseguido usted... hacer llorar a un niño! ¡Es un éxito para un clown! Así no podemos seguir—bebió un gran sorbo, mientras Tonny intentaba disculparse.

—Es que así... con el circo va esto... ¿sabe usted?

—No se disculpe, Tonny... ¿Sabe mi consejo? ¡Vaya buscando trabajo en una funeraria!.. Y a la mona llévela al Parque Zoológico.

—Los nervios del primer día..

—Para usted debía ser el último... si yo no fuera demasiado paciente..

Apuró de un nuevo trago la cerveza. Tonny, tristemente, con paso cansino, fué hacia su carromato.

Su interior era humildísimo; sus muebles, pocos y pobres, no contribuyeron a reanimarle. Se sentó en el camastrón y empezó a quitarse el maquillaje. La mona, como si lo comprendiese todo, le miró en

silencio; luego, le abrazó y besó, empujándolo, de manera que ambos cayeron sobre la cama en donde jugaron como chiquillos hasta que Tonny sonrió..

El día siguiente recompensó, por lo espléndido del sol, los malos ratos del anterior. Unos obreros reparaban los destrozos de la lluvia y Tonny y la mona desayunaban tranquilamente, como si las penas hubieran volado.

—Buen apetito, ¿eh?... No, no. Termina tu leche. Así.. Ahora a limpiar todo esto.

La mona recogió los cacharros. Tonny se separó de ella, se cepilló la chaqueta y el sombrero. Después de darle algunas instrucciones, la dejó fregando los platos y se encaminó hacia los puestos de la feria, muchos de los cuales estaban cerrados, paseando entre ellos contento y optimista.. Quizá por la luz del sol.

Prosiguiendo su caminata, llegó a una alameda, que iba a morir a una ermita. Su curiosidad se sintió picada, la contempló unos instantes y, tras de breve vacilación, entró en ella, quitándose el sombrero y dándose aire con él.

Una grata sensación de frescura y serenidad le recibió en el interior. Deslumbrado, no advirtió a nadie, sino a una viejuca postrada

en un rincón. El payaso se volvió hacia un lado para poder estudiar una enorme pintura mural que representaba una batalla, en que pululaban caballos y jinetes colosales, sobrecogiéndole.

Entretanto contemplaba la pintura con el asombro brotando de sus ojos, una pregunta, proferida por una voz masculina, le sacó de su abstracción.

—¿Qué?... ¿Le agrada?

Su interlocutor era un hombre alto vestido de negro y algo descuidado. Se llamaba don Laureano y su profesión era la de farmacéutico, por más señas. Avanzó hacia el muchacho, teniendo que arrastrar a una muchacha insignificante y simpática, aunque de bellos ojos: su hija Juanita.

—Representa la batalla del Sotillo Bajo—anunció con voz campenuda—. A tres leguas de aquí. En tiempos de Alfonso VIII. Lo más admirable que tiene es el caballo blanco del rey. Fíjese que, por cualquier lado que se le mire, siempre de frente...

Tonny se vió obligado a agachar la cabeza para verlo desde el otro lado, pero su impetuoso interlocutor, cogiéndole por los hombros, le llevó de un lado a otro, para que mirase el caballo. Juanita compartía la turbación de Tonny.

—¡Lo mira usted por aquí!... ¡De frente!—el involuntario cicerone le alejó de viva fuerza—. Lo mira usted por aquí... o por allí... ¡de frente!

La paciencia de Tonny había llegado a su último cabo, mas, siendo tímido y débil, sólo osó afirmar:

—Muy curioso, muy curioso...

Y quiso separarse del inoportuno, yendo hacia la capilla del fondo, pero trabajo perdido. Don Laureano, con patriótica tenacidad, se precipitó sobre él, cantando peregrinos capaccos de poner los pelos de punta a una bola de billar.

—Y vea en aquel rincón, en un halo de luz, la Virgen de la Colina, nuestra Patrona. El lienzo está bastante descolorido por la humedad, pero fíjese bien en la dulzura del rostro, que por cierto... también se puede mirar por cualquier lado... Por aquí...

Y se repitió el extraño rigodón en que Tonny era zarandeado violentamente en todos los sentidos imaginables. Juanita acrecentó su simpatía por aquel joven, que no sólo era bueno porque soportaba a su insoportable progenitor, pero que parecía avergonzarse por ella, lanzándole breves miradas.

—Pero, papá... —suplicó, deteniéndole tímidamente.

—Deja, hijita. Estoy seguro de

EL FANTASMA Y DOÑA JUANITA

que a este caballero le interesan las curiosidades. Mire los ex-votos...

Señalaba a los que rodeaban a la Virgen de talla mediocre, como cuanto la enmarcaba.

—Fíjese en la muleta... — dijo con reverencia don Laureano—. Tenía una pierna más corta que la otra. Se curó milagrosamente. Este cuadrito representa un albañil que salvó la Virgen. Estaba en un andamio muy alto, resbaló...

Como andaban y Tonny no prestaba al explicador atención, que concedía a Juanita, no entendió la enrevesada narración y, desorientado, dijo:

—¿A quién se le ocurre subirse en un andamio teniendo una pierna más corta que otra?

—No, no... Ese era el cojo Francisco...

—Pero, papá, el señor no es de Villaclara; no le interesará todo esto...

—¡Claro que no es de Villaclara! Precisamente por eso debe conocer, no sólo la ermita, sino todos los monumentos artísticos de la población. Y yo estoy dispuesto a enseñárselos... si lo desea.

—Sí, señor, encantado — asintió Tonny temeroso, enardeciendo al farmacéutico.

—Verá usted. Esta ermita la mandó construir el Virrey de Hon-

tanares, ya viejo, en recuerdo de un caso maravilloso que le ocurrió en el Perú...

Si Tonny hubiera presentido lo que le iba a acontecer a continuación, hubiera abandonado su gesto de resignación y perdido su curiosidad por Juanita, cambiándola por una fuga prudente, pero como era joven y la cautela no es flor de esa edad... se resignó, como decíamos, pura y simplemente. Horas más tarde daba inequívocas muestras de cansancio, sin que don Laureano cesara de charlar como si tal cosa. Y así entraron en la Plaza de la ciudad.

—...Entonces, el Virrey repudió a aquella mujer y mandó ahorcar a su hijo. ¿Eh, qué tal? ¿No hubiera hecho usted lo mismo que el Virrey?

—¡Ah!... Lo mismo, lo mismo— respondió.

Tonny ya no escuchaba nada.

Se pararon un momento, porque don Laureano había descubierto algo.

—Y éste es el blasón de los Vaca de Gusmán. El León y el Águila de dos cabezas...

—Pero el señor no tiene más que una y debe estar mareado— intervinó Juanita.

—¡No, por Dios! — protestó ga-

EL FANTASMA Y DOÑA JUANITA

lante—. Es admirable la memoria de su padre.

Con lo que reanudaron el paseo y don Laureano continuó la mollienda de palabras, despreciando el sentido común que le anunciaba que la razón asistía a su hija.

—Leo, leo bastante... Esta es la sexta casa blasonada que le enseño.

Tonny le miró con terror, ya que para lo que le convenía tenía también buena memoria.

—Dijo que son diez y seis, ¿no?

—Sí, pero las otras quedan para cualquier tarde de estas, ¿verdad?... Deberá traerse una libretita, apudatará datos interesantes.

Hizo una pausa. Tonny vió el cielo abierto. Habían llegado ante una botica que había en la plaza, causa del súbito enmudecimiento y del no menos inesperado indulto que el farmacéutico le concedía.

—Le ofrezco a usted su casa y no le ofrezco mis potingues, porque es mejor no necesitarlos... ¡Je, je!

—Muchas gracias.

Entonces tuvieron lugar las pre-

sentaciones y Tonny, preguntado, declaró que venía con el circo.

—¿Es usted artista?

—No, no... Por Dios... —mintió temeroso de que se burlasen—. Soy empleado de Gerencia. Yo soy contable, ¿sabe usted? Un puesto puramente administrativo.

El boticario le alabó la profesión y citándole para aquella tarde entraron en la botica. Su cuñada le echó en cara su tardanza y él replicó:

—Nos entretuvimos enseñando cosas a un forastero...

—Pobrecillo...

Mientras tanto, Juanita se acercó al escaparate y corrió la cortina con ánimo de ver marchar a Tonny. Este, que estaba en la esquina, con no menos disimulo se acercó al mismo lugar, con el resultado de que ambos se quedaron mirándose de hito en hito. Se asustaron. La cortina cayó rápida y corrió hasta llegar a la esquina...

Los dos estaban satisfechos. Ya podían contestar cuál era el motivo de que Tonny soportase impertérrito el chaparrón de palabras paterno.

CAPITULO III

IDILIO DESGRACIADO

Tonny y la mona dieron los últimos toques a su atuendo y el payaso, con su chaqueta recién planchada, se encaró con el cuadrupedo.

—¿Qué te parece, Micaela? ¿Ha quedado elegante? Porque sabrás que he conocido a la muchacha más bonita del mundo... No te enceses, Micaela, he dicho "bonita", no he dicho "mona".

Le tomó de la mano, dispuesto a salir, pero al ir a abrir la puerta se paró. El cartel clavado en ella era muy semejante, salvo diferencias de indumentaria, al grupo que formaban. Pensó unos segundos y se miró en el espejo.

Vacilante y cariñoso dijo a la mona:

—Espera un momentito... Voy a... En seguida vuelvo a recogerte... Espera.

La encerró en el vagón casi a viva fuerza, hizo girar la llave, despreciando los gruñidos de su com-

pañera, que intentaba escapar por la ventana. La voz de Brochard le apeló, entre el trajinar de los obreros.

—¿Dónde va usted, Tonny?

—Voy... a dar un pasco.

—Pues ya puede andar usted ligero. Ya sabe que una hora antes de empezar la función tiene que estar todo el mundo en el circo.

Le tranquilizó con un balbuceo y desapareció presuroso. Micaela, entretanto, logró arrastrar una mesita bajo la ventana; y así saltó fácilmente al exterior, emprendiendo la persecución de su infiel amigo...

Persecución que se le antojó una pesadilla a Tonny, sorprendiéndole cuando más descuidado estaba. Micaela, con una tenacidad digna de encomio, le alcanzó con un chillido de alegría. Su amo, sin poder contenerse, salió corriendo precipitadamente, queriendo confundirse con la gente de un aguaducho, aun-

que en vano, pues Micaela adivinó su treta.

De allí se metió en el primer barracón que encontró, precisamente el de un fotógrafo, que le recibió con los brazos abiertos y pasó por alto su anormal conducta... hasta que su cliente desapareció como alma que lleva el diablo y sin más explicaciones, llevando a la mona sobre sus huellas.

Tonny, irritado, llegó a darle con el pie y la mona, aturdida, se desorientó durante unos segundos, aprovechados por el payaso para penetrar como un ciclón en "El Túnel Infernal", en donde pasó unas congojas de tomo y lomo, semejantes a las que le infería el pegadizo animalito. Pero tanto se asustó que incluso llamó a Micaela al tropezar con un mono gigantesco y recibir el palo de una escoba entre los hombros.

Arrepentido de su traición, se sobrepuso al miedo y meditó sobre su comportamiento, sin percatarse de que Micaela se le había unido.

Entonces Tonny dió un respingo y echó a correr hacia unos "tubos de la risa"... En resumidas cuentas, únicamente se vió libre de Micaela al pasar la banda del Circo anunciando la función de la noche. La tomó en brazos y detuvo al carromato:

—¡Esperad, esperad! ¡Llévadme a Micaela al Circo! Está cansada... Yo iré luego.

—Bueno; pero no tardes.

Respiró aliviado y se encaminó a la Alameda, en donde se encendían muchas luces iluminando la animación y la cursilería provinciana de la gente, que daba incansable vueltas en torno del templo de la banda. De pronto, su rostro se alegró. En dirección contraria a la suya llegaban don Laureano y Juanita, la cual, sin duda, esperaba encontrarle, pues iba cuidadísimamente vestida.

Tonny se encomendó a los Cielos y con indomable excitación almuló cruzarse con ellos, al tiempo que se quitaba el sombrero con respeto.

—Buenas noches, don Laureano.

—¿Qué tal, señor Ruiz? ¿Se le ha tomado el gusto a Villaclara?

—Es preciosa Villaclara — afirmó, andando en su compañía.

—Lo dirá usted por cumplido...

—se atrevió a suponer Juanita—
¡Con lo que habrá usted recorrido por esos mundos...!

—Sí, he recorrido... ya lo creo... he visto... he visto...—aseguró halagado y mirándola con intención.

Don Laureano perdió la sutil significación de sus palabras, puesto que surcaba la muchedumbre con

EL FANTASMA Y DORA JUANITA

rumbo a las sillas que rodeaban al templete, diciendo:

—Señor Ruiz: Me va a acompañar a oír la banda un ratito, ¿verdad?

Dándole por seguro les hizo sentar y pidió, llevando la mano al bolsillo, tres billetes al encargado de las sillas. Tonny se esforzó en pagar con su timidez habitual, pero la mano del farmacéutico le contuvo.

—De ninguna manera... Usted es un pollo. Siéntese, oírás algo estimable. El nuevo director le ha metido por lo clásico. Este año trae una versión brillante del "Sueño de Amor", de Liszt.

Los músicos preludiaron un vals lánguido y relamido, cuyo compás llevó el boticario con la cabeza.

—Esto es nada más que para abrir boca. Pero rejuvenece...

Se entregó al "rejuvenecimiento" por entero, de manera que los jóvenes cuchichearon sin llamar su atención. Tonny acercó su cabeza a la de Juanita.

—Esto lo toca el órgano del Circo... Pero ¡aquí sueña de otro modo!...

—¿Será el acompañamiento? — contestó ingenuamente la joven.

—Eso: el acompañamiento... tan agradable — aprobó con intención Tonny.

—En feria se ponen los hombres finisimos.

—Y las mujeres desconfiadisimas, ¿no?

—Sobre todo con los que van de feria en feria.

Casualmente o adrede cortó la réplica del muchacho, saludando con una sonrisa a dos jóvenes y a su mamá, que respondieron de igual forma al ocupar unas sillas. En cuanto dejaron de mirarle, su gesto cambió.

—¡Ufi! ¡Las Astudillo! Vienen a ser como los marineros que van de puerto en puerto—dijo, reanudando su anterior diálogo—. ¿Usted ha visto "Molinos de Viento"?—se interrumpió para sonreír de nuevo—. ¡Las Torredivarez!

Tonny la contempló con arrebato mientras sonreía.

—Me encanta que pasen sus amigas para verla a usted saludar.

—A mí no me encanta tanto. En cada feria hay que hacer provisión de comentarios para un año... hasta la siguiente.

El payaso miró rápidamente a don Laureano. El boticario, entre abstraído por el influjo de la música y vencido por el sueño, estaba en un mundo mejor.

—De comentarios... las que no pueden hacerlos de recuerdos, ¿no?

Ya ve usted su padre: se rejuvenece con este vals.

Si era ironía o no su frase, Juanita no le concedió importancia.

—La música recuerda mucho las cosas.

Tonny aprovechó la insinuación para apretar el cerco.

—¡Y figúrese usted que yo oigo este vals todos los días en el Circo!

Juanita se ruborizó, pero sonrió al protestar:

—¡Ay, no se puede hablar con usted!..

Afortunadamente para su sonrojo, se oyó la voz de un barquillero, que despreciando el silencio de los melómanos, voceaba su mercancía. Pasó, luego, por delante de ellos y les ofreció:

—¡Barquillero!.. ¿Probamos la suerte, señoritos? Dos tiradas una piedra chica.

—Pruebe usted, Juanita.

—¡Huy! Yo tengo una suerte maravillosa... ¡hijo girar el aparato, no obstante, y exclamó—: ¡El dos!

—Mala suerte... en el juego—inclinó Tonny—. **A ver yo.**

Se dispuso a tirar. El corazón le dio un vuelco al oír decir entre dientes a Juanita, indignada por su revés de fortuna:

—¡Que salga el cero! ¡Que salga el cero!

Tiró su golpe Tonny y la vari-

lla rechinó unos segundos para pararse en un punto alto.

—¡El quince! — exclató Tonny con desafío—. ¿Quería usted que tuviera mala suerte en el juego también? ¿Por qué?

Juanita comprendió su intención y le regañó:

—¡Ay! ¡Es usted imposible!

El barquillero les entregó los barquillos y Tonny pagó. La banda en aquel momento dejó de tocar y fué premiada con algunos aplausos. La piazoleta se había quedado desierta. La banda iba a interpretar el "Sueño de Amor".

Minutos después don Laureano dormía profundamente. Los jóvenes hablaban completamente abstraídos, despreciando la música o quizá seducidos por ella. Tonny había hablado largo y tendido, arrullando con sus palabras el interés de la joven.

—De modo que tuvo un disgusto con sus padres.

—Eso... con mis padres. Yo podría tener en casa lo que quisiera, pero preferí vivir por mí mismo. Siempre me ha atraído la vida libre, de lucha. Me hice contable. En el circo sólo estoy accidentalmente. Pienso buscar algo mejor. El circo es una cosa triste, dentro de su aparente alegría.

—Eso debe ser... Sobre todo los

tontos, ¿verdad? Eso de hacer reír sin ganas todos los días, eso de fingir siempre...

—Sí... eso de fingir...—dijo avergonzado y cambió de conversación— ¡Ah! ¡No nos fijáramos! Están tocando el "Sueño de Amor".

Juanita se volvió hacia su padre, que seguía durmiendo, y le sacudió un poco, despertándole sobresaltado:

—¡Papá! ¡Papá!... ¡El "Sueño"! ¡

—¿Eh? ¡Qué sueño ni qué!... Estaba abstraído.

—El "Sueño de Amor"... Lo están tocando.

—¡Ah, sí! ¡Magnífico!

La banda atacó el final y sonaron escasos aplausos, que no hicieron mella en el director, quien saludó con el mismo entusiasmo que si le aplaudiera una muchedumbre... Don Laureano se dirigió entusiasmado a Tonny.

—¡Maravilloso! ¡Maravilloso! ¿Qué le ha parecido el "Sueño"?

—¿El de Lixt? ¡Espléndido!

—A mí me transporta, me enajena... Pero ¡estamos casi solos! Se acabó el buen gusto. No oye nadie la última plexa que siempre es la clásica. Unos se habrán ido a las casetas; otros a la función del Circo...

Al oír esta última palabra, Ton-

ny dió un respingo volviendo al mundo de la realidad.

—¡La función del Circo! ¡Ya debe haber empezado!

—Seguramente.

—Con la charla tan agradable... Tengo que marcharme a... hacerme cargo de la recaudación. ¿Ustedes me perdonarán que no les acompañe?

—Por Dios, señor Ruiz... — protestó el boticario.

—Juanita, encantado. Mañana espero verlos otra vez, ¿verdad?

—Eso... — corroboró don Laureano— Mañana no debe usted perder los fuegos artificiales.

—No los perderé. Buenas noches.

—Adiós, señor Ruiz — suspiró Juanita.

Tonny desapareció a una velocidad compatible con la buena educación. Don Laureano y Juanita le vieron marchar plenamente desconcertados...

El Circo de la Alegría aquella noche parecía justificar que su nombre no era demasiado optimista. Estaba repleto de gente que admiraba boquiabierto los arriesgados ejercicios de los hermanos Alvarez, los trapecistas...

Pero, no obstante, monsieur Brochard no estaba contento; se lo impedía su conciencia profesional.

hostigada por la ausencia de Tonny. Y en su rincón favorito apuraba vaso tras vaso de cerveza, con un humor de mil diablos. No percibió los aplausos tributados a los trapeceistas, de la misma manera que no advertía el trajín, el ir y venir de los artistas. Consultó su reloj y gruñó:

—¡Oh, las once y media! ¡Es la última vez que me lo hace! ¡La última!—retuvo a un empleado—. ¿No llega? ¡Van ya dos números que Tonny, debía haber salido! Dirán que no hay formalidad en mis programas... ¡Ah, *etapsud!*

Dió vuelta a la espita del barrilito y llenó un nuevo vaso de cerveza. El empleado, a quien antes había preguntado, se le acercó presuroso.

—Ahora llega, señor Brochard.

Casi pisándole los talones compareció, pálido y jadeante, Tonny, que quiso excusarse al oír sus rugidos.

—Señor Brochard, yo...

—Luego hablaremos, Tonny. Ni el público se ríe con usted ni usted se reirá más de mí.

—Es que...

—Calle y vístase en seguida.

No se lo hizo rogar dos veces y corrió a su vagón. La mona saltó a sus brazos. Con ella empujó la puerta y la halló cerrada. Se aso-

maron dos muchachas entradas en carnes, cuyo número era de fuerza.

—¿Qué quieres?

—Dejadme entrar. Tengo que vestirme.

—Y nosotras también. Va ahora mismo el número. Toma, moneda...

La ropa y la peluca cruzaron por los aires. Tonny, sin protestar contra la expoliación, se entregó en un rincón a la tarea de vestirse, de maquillarse la cara contemplándose en un pequeño espejo. Micaela, mientras tanto, jugaba con un trapito y lo empujó al pasadizo que comunicaba las dos jaulas de las panteras; empeñada en recobrarlo, levantó una de las pequeñas trampas de limpieza y continuó su diversión en aquel lugar...

Brochard, que ya había conseguido la serenidad, entró en la pista precedido de un prolongado redoble de tambor.

—Ahora, señoras y señores, en atención del público de Villaclara, un número sensacional... Amarú y sus panteras... Amarú, el indio de Bengala, va a encerrarse en la jaula con las fieras. ¡Oh, la, la! *Munique!*... ¡Atención!

Amarú agradeció con heroica indiferencia los aplausos y todos miraron al lugar por donde aparecerían los felinos.

Micaela aun permanecía en el

pesadizo. Un empleado del circo se colocó en el lado opuesto de la jaula, preparado para tirar de la cuerda que levantaba la trampilla. Otro empleado le dió la orden, seguida del tronar del tambor.

Se levantó la trampilla y las panteras rugieron pavorosas. Tonny vió a Micaela en el pasadizo y, con un gesto de terror, se precipitó sobre un alfanje, con el que cortó la cuerda de la trampilla. Esta cayó con fuerza y Tonny se lanzó sobre la mona, entre gritos e imprecaciones.

Mientras los empleados corrían hacia la jaula, unas cabras cercanas se vieron libres del minúsculo redil que las encerraba, tirado por la gente, se espantaron y desembocaron por el pasadizo, que conducía a la jaula de la pista.

—En este momento las panteras avanzan hacia la jaula. Miren la sonrisa del imposible Amarú...—vocaba monsieur Brochard.

El imposible Amarú, en efecto, sonreía con un optimismo rayano en la demencia. Pero su rostro se metamorfoseó súbitamente, pasando del herolamo al terror, al irrumpir velozmente las cabras en la jaula.

El público lanzó una estrepitosa carcajada, que terminó con un abucheo de los que hacen época. Amarú luchó con las cabras para esca-

par de la indignación de la muchedumbre y Brochard le siguió en la huida. La rechifa crecía, las protestas atronaban y unos mozos empezaron a desmontar la jaula, con lo que arreció el escándalo.

Brochard y Amarú, zanos y salvos, pero sobre ascuas, penetraron en el pasillo, produciendo un gran revuelo de artistas y de empleados. Brochard se estiró de los pelos, aullando:

—¡Me arruinarán entre todos!... ¡Otro número!... El elefante, el prestidigitador... ¡da lo mismo!... ¡Lo que sea!

—Yo indemnización. Estado traicionero por mi enemigo. ¡Honra artista!—profería, a su vez, Amarú.

—¡Usted me tiene sin cuidado! —barbotó Brochard, abordando a un clown—. ¿Quién ha sido? ¿Quién ha tenido la culpa?

—Tonny. Tonny tiene la culpa.

—¡Sabrá de mí!

Dió unos pasos mirando a un lado y a otro hasta que sus ojos descubrieron, medio escondido junto a un carronato, a Tonny, que le observaba saustado. Monsieur Brochard buscó cualquier objeto ofensivo con los ojos centelleante. Tropezó con una fusta y blandiéndola se abalanzó contra Tonny, que echó a correr, mandándole:

—¡Ahora mismo te vas a la calle!... ¡A la calle!

No necesitaba nada el muchacho para poner los pies en polvorosa, pero la fusta le acució más aun. Burió y saltó los objetos que le interceptaban el paso, sin que Brochard le fuese a la zaga. Tonny llegó ante la enorme caja del prestidigitador y se metió en ella.

El doble fondo giró al sufrir su peso, como asimismo el fondo de la caja. Poco después salía por la parte posterior con un suspiro de alivio. Pero Brochard, que lo ignoraba, se zambulló en el interior con la energía de un campeón de saltos, en el instante en que unos empleados la levantaban en vilo y la sacaban a la pista, en donde los aplausos y protestas de los espectadores y el barullo de los artistas apagaron sus gritos.

—Vais a presenciar el más difícil e insospechado experimento— anunció el prestidigitador, volviéndose a la bella Zulina—. ¡La bella y escultural Zulina va a desaparecer ante vuestros propios ojos! Zulina se introduce en la caja encantada. Nada por aquí... Nada por aquí... Y la bella Zulina ya no existe en el mundo de las gentes corpóreas... ¡Vollá!

El público presenció sus manipulaciones con los ojos desorbita-

dos. Al desaparecer Zulina y prorumpida su última exclamación, el prestidigitador abrió la caja y, en lugar de aparecer la belleza, brotó Brochard, con el látigo en la mano, intentando adoptar una sonrisa angelical, como si todo aquello fuera ya algo previsto.

Se reanudó el abucheo, contenido por la curiosidad, estudiado desde las cortinas de la puerta, en un estado de ánimo indescriptible, por Tonny. Brochard se retiró de la pista acompañado de un enorme griterío y advirtió que el payaso desaparecería como por ensalmo al verle.

Tonny tenía ya pocas esperanzas de salvación y ninguna sobre el futuro que le aguardaba. Únicamente quería esquivar un vapuleo, innecesario desde su punto de vista. Así que, receloso y horrorizado, rogaba para que algo se interpusiera en la trayectoria del jefe y, por consiguiente, no es de extrañar que, pese a su enorme desconocimiento de la equitación, no vacilara en saltar sobre los caballos, que constituían el número siguiente.

Pronto se percató de que había ido de Herodes a Pilatos y de que el lomo de un caballo es una superficie en la que reina un continuo equilibrio inestable. Pasó,

para, rozando a monsieur Brochard que se llevó las manos a la cabeza, gimoteando:

—¡La ruina! ¡Esto es la ruina!

Y se volvió de espaldas para no ver más.

Tonny, pugnando por asirse de algún agarradero, se movía con una torpeza grotesca, con un terror visible y con una cautela infinita que contrastaba con la experiencia de la amazona. Resultaba cómico, mucho más cómico en serio que cuando trataba de arrancar una misericordiosa carcajada. Y el público rompió a reír.

Los efectos graciosos se reprodujeron aumentados al apresurar el trote su cabalgadura y la hilaridad llegó a la cima. Brochard, al oír las risas, se asomó a la pista, cambiando de semblante, viendo que Tonny, que confiado proseguía haciendo acrobacias, había logrado capear el temporal. Y que sus proezas terminaron con una aparatosa caída.

Un gran sector del público aplaudió a rabiar y Brochard, pendiente solamente de su negocio, ayudó a ponerse en pie al payaso y le cogió la mano para hacerle saludar desde el centro de la pista.

—¡Vamos, saludel... ¡Vamos!

Entre vitores y reverencias regresaron al interior, en donde los artistas les felicitaron rodeándoles asegurando que había sido un éxito. Brochard cortó las manifestaciones en seco, diciendo:

—¡A callarse! ¡Todo el mundo a su puesto! La función sigue — y apartándose con Tonny le aconsejó—: No se contie, Tonny, de mi sonrisa en la pista. Usted ha trastornado todo mi programa. Y de esta vez no pasa...

—¡Pierre!—gritó Ernestina, asomada a la ventana de un vagón—: ¿Vienes a apretarme el corsé? ¡Vamos! ¡Tengo prisa!

—¡Oh!... *Tout de suite!*

Y así pudo respirar libremente Tonny, gracias a la intervención de Ernestina.

CAPITULO IV

FUEGOS ARTIFICIALES

Las prisas de Juanita, ataviada con lo mejor de su armario, hacían sonreír a Elolisa y protestar a don Laureano, mientras descendían por la estrecha escalerilla que ponía en comunicación el piso superior con la rebotica.

—No comprendo tus prisas, Juanita. No es todavía la hora en que el señor Ruiz quedó en venir a buscarme. Y la gente joven no es puntual.

Pero como para desmentirlo, se oyeron en aquel preciso instante los armoniosos repiqueteos de la campanilla de la puerta de la botica. Juanita se apresuró a recibir al recién llegado y a dar la luz, diciendo:

—Creo que te equivocas.

—Ha sido puntual — le apoyó Eloísa.

Tonny estaba en la puerta, apretando un diminuto ramo de flores. Juanita le guió al centro de la ha-

bitación, diciendo con femenina hipocresía:

—Nunca pensé que fuera usted. ¡Qué puntual! Por poco me coje usted sin arreglar.

—Usted no necesita arreglo—piropeó, entregándole las flores.

—Y usted no lo tiene. Esto es un exceso... ¡Qué bonitas son, señor Ruiz! — protestó, colocándolas en un jarro.

—¿Se pondrá una, Juanita?

—Por Dios... ¡En fin! Estamos en feria — concedió, prendiéndose dos.

Miró a Tonny y éste, burlón, se inclinó ante el escaparate, imitando, en medio de sus risas, los saludos de la noche anterior.

—¡Huy! ¡Las de Pérez!

—¿Qué tal, señor Ruiz?—saludó don Laureano, saliendo de la rebotica.

Le presentaron a su cuñada y el boticario le felicitó por su puntualidad.

—Mira qué flores más preciosas ha traído...

—De mucho gusto. Y no nos retrasemos, que es ya la hora de los fuegos artificiales. ¡Verá usted, señor Ruiz, algo interesante! — dijo don Laureano, saliendo de la casa.

Poco después estaban en el Paseo de la Alameda, buscando acomodo entre las sillas. El bullicio y la animación eran extraordinarios, merced a los tributos al acontecimiento de la feria, para la que el Ayuntamiento había sacrificado no poca parte de sus desvelos.

—Entonces, entonces todo era otra cosa. ¡Oh, aquellos fuegos artificiales con que celebró Villaclara la entrada de don Alfonso XII, el Pacificador! La traza final se oyó en el cortijo de "La Revuelta".

Tonny ayudó a sentarse a Juanita. Mientras su padre decía las últimas palabras, una amiga la llamó, agitando en la mano un pañuelito. Contestó y las dos curiosas comentaron en voz baja:

—¿Has visto? El mismo del otro día.

—¿Quién será?

Quizás sus ávidas imaginaciones forjaran una vida novelesca para Tonny, pero éste no se sintió muy a gusto bajo sus miradas.

—No me diga usted quiénes son. Las conozco. ¡Las de Cursi!

Sonrió Juanita y el cobrador de las sillas llegó. Hubo un ligero pugilato de cortesía entre don Laureano y Tonny para pagar los asientos, del que, finalmente, resultó vencedor el último, con grave perjuicio para su bolsillo, ya que aquel día le salieron a dos reales cada uno.

En cuanto hubo tragado la saliva, atascada en su cuello por la sorpresa, Tonny se dispuso a iniciar la conversación con la muchacha. La banda preludió unas notas... pero una vieja pedigrifeña impidió el desarrollo de sus planes.

—Y no hay un sitio más tranquilo, con menos bullicio, donde poder... —decía Tonny, acaramelado.

—Señorito, ¿quiere que le diga la huenaventura?

—¡Déjeme en paz, por favor!

—Pues deme siquiera una perrieta... Ande, caballero, ¡por su novia, que es un regalo de mujé!

Tal fué el sésamo que abrió el bolsillo del payaso. Se alejó la mendiga murmurando su agradecimiento. Ambos jóvenes se quedaron en suspenso, con las miradas prendidas irresistiblemente.

—Juanita... ¡si eso que dice esa mujer fuera verdad! — suspiró en voz baja.

El gran estampido inicial del castillo de fuegos artificiales no lo



José daba vueltas a su sombrero, negaba con la cabeza.



*Doña Juanita empezó a contar su historia
y la del fantasma.*



—¡Tony y su maná "Doba Micaela"!...
¡El número de la risa!



Apuré de un nuevo trago la cerveza.
Tony, tristemente, con poco cansino...



*Tonny y la mona desayunaban tranquilamente,
como si las penas hubieran volado.*



Juanita compartía la tubación de Tonny.



*Este año trae una versión brillante de
"El año de amor" de Lizi.*



*— Usted no necesita arreglo— píropo
entregándole las flores.*



Tonny y Juanita presenciaron las carreras desde la varía.



Tonny contempló con ojos avidos a varias parejas que saltan a bailar.



—Abójese la coebata, hombre—se burló Faustino.



—Eso ya es otra cosa—le animó el sacerdote.



*Hablaban en tono levemente misterioso
de apariciones, fantasmas y trasgos.*



*—Eso no puede admitirse en sana ortodoxia
—protestó don Elpidio.*



—No es que yo dé oído a marmuzaciones—dijo.



*Estrujó el inútil papel con coraje, de la misma manera
que hubiera estrujado su corazón.*

gró sacarles de su transporte. La gente se puso en pie; los cohetes chisporroteaban en el cielo. Don Laureano siguió el ejemplo de la muchedumbre, aunque dijo escépticamente a un caballero que tenía próximo:

—¡Vamos a ver! Pero como aquellos de don Alfonso...

Tonny y Juanita siguieron sentados indiferentes a cuanto les rodeaba. El hablaba, hablaba muy cerca del oído de la muchacha, que acusaba sus palabras de amor en tanto que en sus rostros se reflejaba el parpadear luminoso de los fuegos artificiales.

Por fin se desató el clamor de la gente al arder un castillo, que simulaba unos grandes y caprichosos peces. Hasta el propio Laureano se entregó al aplauso con entusiasmo. Tonny y Juanita se pusieron en pie de un salto, sobresaltados, y se unieron al júbilo general.

—No están mal—dijo el boticario aplaudiendo—. Pero los que se quemaron para celebrar la entrada del "Pacificador"...

Un tropel de muchachos y de muchachas, capitaneado por las dos curiosas amigas de Juanita, se enfrentó con la pareja.

—¿Te han gustado los fuegos, Juanita?

—Mucho, mucho... —respondió maquinalmente.

—¿Te ha gustado aquel que era un barco de vela que disparaba un cañoncito?

—Mucho, mucho.

Los jóvenes rieron y alborotaron maliciosos:

—¡No ha habido barco! ¡No ha habido barco!

El malestar de haber sido descubiertos en lo que creían, como todos los novios, disimulado, se prolongó durante buen espacio del paseo que, con don Laureano, daban por la feria. Poco a poco, Tonny empezó a gozar con el ambiente, moviendo galante sus codos para abrir camino entre la numerosa gente.

—¿Qué tarde!

—Sí, muy tarde—comentó Juanita—. A ver si le pasa a usted como ayer.

—No lo decía por eso. Me refería a la tarde tan agradable que he pasado—protestó, y añadió sacando el reloj—: Son las diez. Falta una hora para que cierren la taquilla. Hasta entonces no tengo que ir... a hacerme cargo de la recaudación.

—¿Qué gentío! ¡Y qué mezcla de clases!—observó el boticario—. En mis tiempos el pueblo pasaba por la Alameda Baja y la gente de

condición por la Alameda Alta. Pero ahora todo es democracia y pisotonea.

—¿Usted cree también, Juanita, que hay demasiada gente?

—No cabe duda que sobra alguna...

—A mí me sobra toda...—exclamó impetuoso.

Juanita, queriendo disimular su arretrato, señaló a una noria iluminada con un sinnúmero de bombillas y le hizo parar ante ella.

—Mira... ¡Una noria!... ¡Me encantaría! No, nada...—se enmendó.

—Le encantaría subir a la noria, ¿no es eso?

—Lo estimo arriesgadísimo—se opuso don Laureano.

—No, papá. ¿Por qué? Yo subí el año pasado con las García Álvarez y es deliciosa...—replicó Juanita, cuyos ojos se iban tras la atracción.

—¿Quiere usted probar si es delicioso también... sin las GarcíaÁlvarez?

Pidieron permiso al boticario, que, a pesar de no hacerse rogar mucho, tenía sus reparos sobre la seguridad de aquellos aparatos. Tonny se acomodó en el asiento de un departamento de la diversión e indicó a su pareja el que estaba enfrente, diciendo:

—Ahí, Juanita.

—¿Aquí? Usted lo que quiere es tenerme enfrente para reírse de mí.

—No, no—el armatoste se puso en movimiento—. Ya vamos.

—Sí, ya vamos—contestó Juanita santiguándose—. Adiós, papá. No te asustes. Llevamos billete de ida y vuelta.

—Prudencia... No ponerse en pie.

A medida que se fueron alejando del farmacéutico y dejaron de saludarle, la timidez huyó de Tonny, que se encontró más a sus anchas sin temer la fiscalización del prójimo. Estudiaba el rostro de Juanita con una sonrisa de delicia capaz de conmover el corazón más duro de la tierra.

—Ya vamos para arriba—suspiró Juanita—. Da más vértigo así con los ojos cerrados.

—Sí, ciérrelos usted. Yo los llevo abiertos.

—¡Para burlarse de mí! Entonces, los abro yo también.

—¡Desconfiada! Es para mirar el paisaje. Mire usted.

—Se va quedando todo allá abajo.

—Todo, no. Se siente uno aquí dominador, como un águila. ¡Ah, pero qué poco dura!

Habían llegado a lo alto y empezaban a descender.

—Parece que se hunde una en un

EL FANTASMA Y DOÑA JUANITA

abiamo... ¡Ay! ¿No habrá peligro?

—¿A qué peligro se refiere usted?—contestó, mirándola embobado.

—¿A cuál va a ser!—repuso ella, cerrando los ojos—. ¡Cierre usted los ojos y verá!

—El peligro es el mismo, Juanita... —aseguró obedeciéndola—, porque con los ojos cerrados la sigo viendo a usted... ¡Otra vez arriba!

Había levantado los párpados. Juanita le contemplaba con orgullo.

—Dicen que llegará un día en que los hombres inventarán unos aparatos para volar por los aires.

—¿Por qué no?—dijo con seguridad Tony—. De esto a eso no hay más que un paso.

—¿Y usted se atrevería a volar?

—Con usted al lado, sí. Sería delicioso. Irse desprendiendo como ahora de la tierra, de la verdad. Arriba, arriba. ¡Y usted al lado, confiada en mis manos...!

—No diga usted payasadas...

El tiro hirió en lo vivo a Tonny, cuando la noria, como su pasión, había llegado a lo alto y, también como ella, empezó a descender la confianza que hasta entonces le había halagado, con la idea de ser algo superior a la realidad.

—¡Payasadas!... ¡Payasadas! —

hizo un esfuerzo—. Ya nos hundimos otra vez.

—¡Ay! ¡Qué mareo!

—¡Valor, Juanita! Es un momento... ¡y volveremos a subir! —dijo alargándole la mano.

Don Laureano seguía las evoluciones de la noria con el cuello echado hacia atrás. Machuca, cierto amigo suyo entrañable, maravillado de su súbito interés por un medio de locomoción que no llevaba a ninguna parte, le preguntó qué hacía.

—Estoy esperando a Juanita... ¡Mírela usted!

—Sí, sí, ¡en la gloria! Pero lo mismo podemos esperarla en ese puestecillo sin que nos apretuje la gente.

Don Laureano no rechazó la sugerencia y se encaminó con él al mencionado puestecillo. De pronto gritos y revuelo les hicieron volver la cabeza, pero ya era tarde. Una oleada de personas les arrastró con ellos, contrariando sus esfuerzos por hurtar el empuje. Todo por culpa de un ladronzuelo perseguido por la multitud.

Tonny y Juanita presenciaron las carreras desde la noria, desde donde el incidente parecía más anormal. El empleado la detuvo, atontado por lo sucedido, y la gente descendió antes de tiempo. Los

jóvenes se acercaron a un pasante e indagaron lo que pasaba.

—Nada: un ratero que le iba robando el bolso a una señora. Pero ya le han echado mano.

—Lo de todas las ferias... — se volvió a Tonny—: ¿Y papá?

Se puso de puntillas y oteó en todas direcciones sin resultado positivo.

—Eso estaba mirando. No lo veo.

—¿Dónde habrá ido a parar con este revuelo?—se intrigó Juanita, que empezaba a preocuparse por el qué dirán.

Don Laureano ya estaba entonces en otro lugar del paseo, abriéndose paso entre la gente, no sin dificultades, puesto que un señor parecía tener empeño en impedir que se reuniese con su hija.

—Pero ¿quiere usted dejarme paso?... Señor, ni un guardia. ¡Y qué educación! ¡Si todo el mundo llevara su derecha! ¿Dónde tiene usted los ojos?

El caballero le indicó el lugar en que los tenía emplazados y se enzarzaron en una discusión, que acabó en partida precipitada del boticario. Juanita, impaciente, rechazó la invitación de Tonny de acompañarla a su casa y propuso somerse a la Caseta de Labradores, de la que era socio el autor de sus días. Y hacia allí fueron.

La gran Caseta del Círculo de Labradores era tan abigarradamente cursi como el resto de la feria. Había muchas luces, muchas guirnaldas y muchos adornos. En ella bailaban varias parejas al son de una pequeña orquesta. Los jóvenes lanzaron una mirada con resultado negativo. Don Laureano persistía en su ausencia.

—¡Nada!... Vámonos entonces...

La música inició un nuevo baile y Tonny contempló con ojos ávidos a varias parejas que salían a danzar. Los pies se le iban con la música y propuso, mordido por la tentación:

—Juanita, ya una vez aquí... Me tiene que indemnizar de la parte de viaje de noria que nos han robado.

—¿Qué quiere usted?

—Es un pasodoble. Lo más fácil —insinuó Tonny.

—No... — pero cedió—. Bueno, una vuelta nada más.

Tres o cuatro pollos de la localidad estaban sentados en una mesa, y por sus ademanes ridículamente aburridos, se adivinaba que eran los "guapos del lugar". Conforme a esta categoría, criticaban a la concurrencia, especialmente al sexo femenino, con una feroz violencia que incluso hubiera pue-

EL FANTASMA Y DOÑA JUANITA

to la carne de gallina a la comadre más curtida.

Pasaron ante ellos, bailando, Tonny y Juanita, y uno dió un codazo a Faustino que era quien dirigía las sátiras, haciéndole reparar en sus personas.

—¡Anda, y con una conquista!.. ¿Quién es?—exclamó Faustino.

—Un forastero. Tiene cara de desgraciado.

—La cara que se necesita para bailar con la Jarabito — afirmó Faustino, y murmuró al oído de uno—: Cuando pasen cerca, a cero todos. ¿Te parece?

Aprobó el plan e hizo correr la voz. Tonny, inconsciente de la conspiración que se tramaba contra ellos, se empeñaba en calmar los temores de Juanita, para quien el baile resultaba demasiado largo.

—¿Se maree usted también aquí? —se burló.

—No. ¿Qué tonto! Estoy inquieta por papá.

—Una vuelta más. Es bonito bailar.

—Sí, es bonito.

Pero aquí acabó su delicia. Faustino y sus amigos, con la intención de un mísera, exclamaron, cuando cruzaron ante ellos, a unísono:

—Un, dos; un, dos... ¡Pastillas para la tos!

Se rieron estrepitosamente, pero

sin gran éxito; Tonny no había comprendido su propósito, pero sí Juanita, que le obligó a seguir bailando con el alma en un hilo. Las barbaridades del grupo eran el espanto de la población. Los desalmados les siguieron con la mirada, cambiando comentarios.

—Mírala... Ella se ha dado cuenta.

—El parece bobo.

—Fíjate los ojos que le pone Juanita.

Y así continuaron por el mismo tenor hasta que un aviso de Faustino puso en movimiento su malignidad, repitiendo la anterior ofensa. La pareja se detuvo y el grupo se rió provocativamente. Ella estaba temerosa, lo mismo que él, pero dispuesto a sacar fuerzas de flaqueza para que no se burlasen de ella, Tonny se movió hacia la mesa, sin oír las súplicas de Juanita.

—Si tienen algo que decirme, agradecería que me lo dijesen ahora, cara a cara.

—No se enfada, joven. Es una publicidad que nos tiene contratado el padre de su pareja — respondió Faustino, fresco como una lechuga.

—Eso. ¡Pastillas para la tos! —añadió otro—. Una publicidad a la americana.

—Pues... a la española le digo a usted...

—Affójese la corbata, hombre— se burló Faustino—, que hablará mejor sin ese nudo en la garganta.

Las risas excitaron a Tonny, cuyas piernas temblaban como azogadas.

—Se están ustedes valiendo del sitio en que estamos.

—No le preocupe a usted el sitio. En la Casa de Labradores hay bofetadas todos los años—contestó con fingida cortesía Faustino.

Aquello era más de lo que podía soportar Tonny, no a causa de su ira, sino porque el reto era demasiado claro y le ponía ante un callejón sin salida.

—Si no hubiera señoras...

—A las señoras les gustan los hombres marchosos, ¿verdad, "Jarabito"?

El susto impulsó a Juanita a cometer una imprudencia, que precipitó la situación a una catástrofe. Alarmada por lo dicho, se unió a Tonny para procurar arrancarle de allí, en el momento en que su enamorado decía:

—Ahora mismo va a dar a esta señorita una explicación.

Faustino esbozó un ademán de burla y de desprecio:

—Con explicaciones están peor las cosas claras.

Se renovaron las carcajadas. La impaciencia y la ira rebosaron en

Tonny, al que un velo cortó la visión de la prudencia. Sin poder contenerse dió un puñetazo al ofensor, el cual vaciló y cayó de espaldas, saltando sobre él a continuación. Hasta aquí todo fué bien, pero así que estuvieron rodando por el suelo, los amigos de Faustino se precipitaron sobre Tonny...

Juanita chilló, la orquesta dejó de tocar, los bailarines se pararon.

Mientras algunos acudían a separarlos, Faustino levantó a Tonny y le zarandó, con la colaboración de sus amigos, golpeándole, dejándole atontado. Dos señores agarraron a Tonny y lo apartaron del grupo, sentándole en una silla próxima, sin dejar de comentar que todos los años se repetía lo mismo. Luego, pidieron un médico, secundados por el alcalde.

—No hay médico, pero aquí tenemos al farmacéutico — anunciaron.

Un hombre de edad hendió los cuerpos, llevando cogido del brazo a don Laureano, que protestaba airadamente:

—¡Qué tengo yo que hacer en una bronca de esos bárbaros! ¡Uno no es la Cruz Roja, caramba! Yo ando buscando a mi hija; no quiero líos. Mi hija se me ha perdido en la feria.

Al oír estas palabras, Juanita,

apartándose de Tonny, se volvió y se le encaró preocupada y excitada por el encuentro y el estado de su paladín.

—¡Hija!... Ya estaba asustado.

—Papá, atiende al señor Ruiz.

—¿Qué le pasa? ¿Se cayó de las cunitas?—se acercó cuando el desmayado volvía en sí—. No es nada. Un poco de conmoción. ¿Se siente mejor, verdad?

—Mejor...—pero al ver a Juanita, se corrigió—: ¡Bien del todo!

—Gracias, señor Ruiz. Yo siento que esto haya sido por mí.

—No sienta usted lo único bueno que ha habido aquí...

Lo cual demostraba que el payaso estaba perfectamente. Don Laureano le invitó a abandonar el teatro de la pelea y accedió, regresando a la Alameda, en donde se extendió el boticario dando una conferencia sobre fuegos artificiales, que duró hasta que llegaron a la botica. Saludó el conferenciante a Tonny, y Juanita quiso imitar su ejemplo entrando en la casa, pero el joven la contuvo.

—¡Juanita, queda un día de feria!... Y una noche. Si usted cree que me lo merezco...

—Sí, se lo merece usted por su valiente defensa; pero tenga en cuenta de que si accedo a lo de la roja no se confíe usted. Aquí en Villaclara, tratándose de forasteros y en feria, eso no significa nada.

—Juanita, detrás de las rejillas se cumplen las cadenas perpetuas — bromeó para disimular su interés.

—Y las quincenas de los raterillos. Vienen muchos por feria.

—¡Desconfiada!—dijo, apoderándose de su mano, que ella soltó rápida.

—Suelta, suelta. Me espera mi padre para apagar la luz y cerrar con llavin.

Las campanadas graves y solemnes de la iglesia, que sonaron en aquel preciso instante, sobresaltaron a Tonny.

—¡Las once! ¡La función ha empezado! Hasta mañana, Juanita.

—Hasta mañana.

Tonny se puso en movimiento, pero volvió sobre sí con rapidez.

—¿De verdad?

—De verdad.

La sonrisa última que hubo en sus labios se prolongó en un optimismo loco.

CAPITULO V

MAÑANA ES LA ULTIMA FUNCION

Al día siguiente, muy de mañana, Juanita, vestida sencillamente, se encaminó a la ermita en donde oficiaba su consejero espiritual y buen amigo, don Elpidio. Precisamente lo encontró al cruzar el atrio de la capilla, de donde salía alegre y campechano como siempre.

—Buenos días, don Elpidio.

—¡Qué mañanera! ¿A confesarse?

—Tal vez; pero no una confesión, vamos, de confesionario. Más bien a pedir un consejo y sí a confesar... pero no un pecado.

—Ya, ya... y con poco dolor de corazón, ¿no? Pasa, hijita, pasa a la sacristía.

Una vez en ella don Elpidio se aposentó detrás de su mesa y ofreció asiento a la muchacha, cuya timidez y vacilación eran patentes. Y rompió a hablar animándola a lo mismo.

—Pues verá, padre... El caso es que... Verá usted...

—Veré, hijita. Si acabas de decirme lo que tengo que ver.

—Pues... nada, padre... que me ha pedido relaciones un forastero.

—Venido a la feria, ¿no?

—Sí, padre... Con el circo.

El bondadoso tono empleado por el sacerdote, cambió como de la noche a la mañana al oírlo, sustituyéndose por un acento alerta y más seco.

—¡Eh, cuidado, cuidado! Esos trotamundos son gente de poco asiento y crédito: viven a la aventura...

—No, padre, no es eso — cortó rápida—. El no es un artista. Es un chico de buena familia, que por demostrar a sus padres que él podía valer por sí mismo se ha marchado a luchar por la vida. Lleva la contaduría del circo...

—Eso ya es otra cosa—la animó el sacerdote.

—Sí, es un puesto puramente de administración. Aun así, él piensa

dejar cuanto antes el circo y buscar algo de más importancia.

—Bien, bien. No me digas más. Yo me informaré, hijita. Yo comprobaré todo eso. Acaso mañana mismo vaya por tu casa y te diré lo que me parezca—dijo poniéndose en pie—. ¡Tú mereces mucho, Juanita! En el pueblo hay poco y, por el mundo, hay... demasiado.

Fueron hacia la puerta, mientras un gesto de súplica se formaba en la cara de la muchacha.

—Pero a papá todavía no le diga usted nada.

—No, hijita, hablaré contigo.

Cuando don Elpidio, apoyado en su paraguas, se adentró en el laberinto formado por los carromatos del circo, algunos obreros limpiaban y arreglaban los gallardetes y carteles. El sacerdote contempló el órgano, tras de lo cual abordó a un empleado, a quien señaló el instrumento.

—¿Es automático?

—Sí, se mueve con un motorecito eléctrico.

Don Elpidio cambió de conversación, poniendo en práctica el plan que llevaba formado.

—Quería informarme si hay medias entradas para niños menores de siete años.

Precisamente apareció entonces Tonny, con traje de faena, y unos

carteles enrollados bajo el brazo, y el empleado le llamó explicándole el motivo que había llevado al cura al circo. Tonny le besó la mano y le suplicó que pasase al interior del circo.

Solamente cruzaban de tarde en tarde algunas personas por la pista y don Elpidio se sintió a sus anchas ante el rostro simpático e insignificante del payaso, que se apresuró a informarle:

—Desde luego, militares sin graduación y niños, media entrada. ¿Le pregunta usted por algún colegio?... Siéntese, siéntese...

Le ofreció cortésmente la barandilla de la pista, que don Elpidio aceptó con llanera, reanudando la conversación.

—No; era el encargo de unos amigos. Me dijeron que se lo preguntara a don Antonio Ruiz, el empleado de contaduría; pero como le encontré a usted... ¿No está el señor Ruiz?

Tonny quedó desconcertado durante un momento. Mas pronto empezó a comprenderlo todo y agradeció a la fortuna el partido que le permitía sacar de la situación, aunque tuviera que recurrir a la hipocresía. En amor y en guerra...

—El señor Ruiz... ¿Le dijeron el señor Ruiz? No, no está. ¿Cómo iba

a estar?... Quiero decir, ¿cómo iba a estar a estas horas?

—Lo siento. Le hubiera hablado con gusto. Mis amigos le conocen, me han hablado mucho de él.

—¿Ah! ¿Le... le han hablado de él sus amigos? El también va a sentir mucho no saludarle, padre. Es un chico tan bueno, tan religioso — alabó, mientras el rostro del cura se alegraba— Aquí le queremos todos; tan amable, tan inteligente. Y un chico de buena familia, ¿sabe usted? Está aquí por pundonor, por ganarse la vida él solo...

—¡Vaya, vaya!

—Sí... es el alma de la gerencia. El lo lleva todo. Y el circo le viene estrecho. Volará a mayores alturas... ¡ya lo creo que volará!

Pero de las alturas en que se había encaramado Tonny al oír aquel panegírico, la voz de Brochard, rotunda y perentoria, se encargó de hacerle bajar, en tanto que se volvía sobresaltado.

—¡Tonny! — gritó atomándose a las cortinas—. ¡Víte! ¿Qué hace que no ha colocado esos carteles? ¡No se entretenga más!

Tonny se turbó, pero reaccionó rápidamente y refiriéndose a un empleado anciano, que estaba limpiando detrás de ellos las sillas, le

dijo con tono imperioso y levantándose:

—¿Ha oído? ¿Qué hace que no ha colocado ya esos carteles?—el viejo balbuceó y Tonny aulló—: ¡No replique! Me está viendo con ellos en la mano y no viene a pedírmelos...

El empleado se sintió sugestionado por su inusitada energía, recogió los carteles y se fué, volviendo la cabeza asustado. Pero fué contraproducente su clamor, pues el sacerdote se había puesto en pie, molesto por los gritos.

—Usted perdone, padre. Con esta gente no hay más remedio que alzar la voz. Sólo Ruiz, el de Contaduría, es el que sabe hacerse obedecer sin levantar el tono. ¡Qué mano tiene! ¡Una perla!

—No le molesto más, caballero. Muchas gracias por su atención.

—A lo mejor se cruza con Ruiz en el camino.

—¿Como no le conozco...!

Estaban en la puerta y Tonny dejó pasar al sacerdote, diciendo:

—¡Oh! Le reconocerá usted en seguida por el agrado, por la simpatía que refleja todo él.

Se estrecharon las manos y se marchó don Elpidio. Tonny estaba satisfechísimo de sí mismo, dueño de sí; pero toda su seguridad se

esfumó al descubrir al empleado viejo subido en una escalera, colocando un cartel.

—Perdón, amigo...—tartamudeó.
—Discúlpeme... Me vi en un apuro. Traiga, traiga... yo haré la faena. Y tome, por los gritos de antes.

Se subió a la escalera y le entregó unas monedas, dejándole estupefacto, mientras Tonny colocaba los carteles. El viejo miró las monedas y sacudió la cabeza. ¡Tonny estaba loco! Primero chillaba y, después, daba dinero por chillar...

La rebotica de don Laureano era obligado lugar de reunión nocturna los días no festivos. Concurrían a ella, además de los habitantes de la casa, don Elpidio, Machuca y dos caballeros más de edad, y hablaban en tono levemente misterioso, aumentado por el ambiente general, de apariciones, fantasmas y tragos. Y como siempre, quien llevaba la voz cantante era el farmacéutico.

—Pues sí, Machuca, en punto a fantasmas, ninguno tan famoso como el que hubo en Villaclara el año cincuenta y cinco... ¡Ya ha llovido desde entonces! Era blanco, gigantesco, con los ojos luminosos.

—¿No podían ustedes hablar de otra cosa? — suplicó Juanita, que escuchaba con cierto miedo.

—Le persiguió la Guardia civil —continuó su padre—; pero no dió con él. Por mucho tiempo, el año cincuenta y cinco fué para Villaclara "el año del fantasma".

—Pues yo he oído — dijo tía Eloísa, haciendo calceta—hablar de uno que hubo en Terrajón Alto que volaba por los aires y llamaba a los cristales de las ventanas. Dicen que robó un niño.

—No tengo inconveniente en admitirlo — respondió su cuñado—. Generalmente son manifestaciones del espíritu maligno. En la Edad Media existían los incubos, que no eran sino las formas fantásticas que tomaba el enemigo...

Vaciló unos segundos y se interrumpió para ordenar a Juanita:

—Juanita, hija, ¿quieres ir por

mi caja de fósforos?—salió su hija y todos juntaron las cabezas—: Muchas veces se valía de esta forma para visitar a las doncellas de que se enamoraba y algunas quedaron encinta...

—Cuidado, don Laureano, eso no puede admitirse en sana ortodoxia—protestó don Elpidio.

Regresó Juanita con la caja de cerillas y se la dió a su padre. Machuca, serio y estirado, volvió a la carga, dando un cariz nuevo a la conversación.

—Pero no es preciso recurrir para eso al espíritu malo. Muchas veces, nuestras propias creaciones espirituales llegan a tomar forma corporal...

—¡Ay, Machuca!—suspiró Juanita—. No cuente usted esas invenciones tan macabras antes de dormir.

—Escuchen, no son invenciones—dijo Machuca misterioso y solemne—. En mi casa, mis padres habían creado un ser fantástico para asustar a mis hermanitos chicos cuando se portaban mal. Le llamaban Fray Andrés, como pudieron haberle llamado de otro modo. Le tenían adjudicadas sus propiedades y sus distingos. Fray Andrés tenía una barba blanca, un hábito negro, unos ojos que le brillaban como los de un lobo. Al fin, una tarde, en

otoño, lo recuerdo, estábamos reunidos a primera hora de la noche antes de cenar. En la salita de casa no había más luz que la de un quinqué de petróleo. El corredor contiguo permanecía en una media penumbra. Uno de mis hermanitos había sido malo. Mi madre le amenazó con insistencia diciéndonos que Fray Andrés iba a venir. Entonces, por la penumbra del corredor, vimos pasar un fraile alto, con hábito negro, con barba blanca y con ojos de lobo. Lo vimos todos y no nos cupo duda alguna: era Fray Andrés.

Juanita lanzó un débil chillido y todos respiraron con el fin de la historia. Se escucharon las campanadas de un reloj. Tía Eloísa fué la primera en romper el silencio subsiguiente.

—¿Para qué cuenta usted estas cosas a la hora de irse a la cama?

—Temía, señor Machuca, que iba usted a rondar la herejía—dijo don Elpidio.

El reloj había hecho acordarse a Juanita de la cita que tenía pendiente con Tonny y más aún de que desconocía el resultado de las investigaciones de su director espiritual. Anhelante por ambas cosas se puso en pie con una excusa.

—¡Huy! La una y cuarto... Si us-

tedes me lo permiten... Voy a retirarme.

Besó a su padre y a su tía y se despidió de todos. De pronto la voz de don Elpidio la alcanzó en la puerta en donde permaneció en suspenso.

—¡Ah, Juanita!—se le reunió—. Se me olvidaba decirte que mañana por la tarde tendremos Junta del Ropero de la santa infancia...—bajó el tono y añadió apresurado—: Puedes estar tranquila, hijita. Es una excelente persona...

—Gracias, padre, gracias.

Con esta noticia que resonaba en su corazón como una argentina campanilla, entró en el cuarto de los enredos, cerrando la puerta con precaución. Una sombra en movimiento se destacó en la penumbra, producida por la luz de la calle. No pudo ahogar un grito de horror y scoplando decisión, se dirigió apresurada a la ventana que se abría en el fondo del cuarto.

Abrióla y con gran satisfacción encontró a Tonny, cuyo rostro le sonreía, aguardándola puntualmente.

—¡Antonio!

El se quedó sorprendido de su palidez, como también de la ansiedad que emanaba.

—Pero, ¿qué le pasa, Juanita?..

La veo asustada... ¿es que le doy miedo?

Juanita dominó el jadeo entrecortado que se escapaba de sus labios y compuso un tanto su expresión tranquilizada al advertir que era un ser real, de carne y hueso, cuya felicidad dependía única y exclusivamente de ella. Sin embargo, algo de su preocupación se había traspasado a Tonny, la cual creció a pesar de sus risas.

—Usted no, Antonio. Es que... Se me había metido en la cabeza que Antonio podía ser un fantasma... que al llegar yo a la ventana se esfumase en el aire.

Un helado resacafrío sacudió la espina dorsal de Antonio. Casi lanzó miradas escrutadoras a las sombras de la calle. Las palabras de Juanita podían ser una alusión o una broma, pero la realidad era que a él se le antojaron como un aviso del Destino. Rió de mala gana y con una rara aprensión.

—¿Un fantasma yo?... ¿Desaparecer yo?... ¿Por qué pensaba eso, Juanita?

La joven le respondió, ya tranquila y confiada:

—¡Tonterías! Porque en la tertulia de papá, todo ha sido esta noche hablar de cosas de miedo y de fantasmas. Y como el pasillo estaba tan oscuro...

Cambió rápidamente de tema, con un grato calorcillo en el pecho. Se acordó de pronto de que era mujer y la travesura y la coquetería la animaron.

—Pero no importa. Hay otras cosas que empiezan a estar claras..

La ilusión rieló en las pupilas de Tonny, que la apremió:

—Dígame, dígame...

—Que me han hablado de usted.

—¿Quién?

—Se cuenta el milagro, pero no el asunto.

El temor se apoderó de Tonny.

—Y... ¿le han hablado... bien?

—Sí. Muy bien. Tiene usted muy buenos amigos.

Al escuchar esta alabanza, todo fué uno para que la conciencia acusase al payaso, turbándole, apremiándole a que lo dijera todo.

—Sí, sí, muy buenos... Yo, Juanita... quería decirle a usted una cosa sobre mí.

Por fin lo había dicho. Su corazón palpité desordenadamente. No obstante, Juanita, ilusionada por el amor que despertaba la esperanza de que todo se realizaría según sus deseos, se inclinó en su dirección con la alegría retratada en su rostro.

—¿Qué?... ¿Que ha encontrado ya el puesto que buscaba fuera del circo? ¿En eso? Porque, es verdad,

el circo... en fin, siendo necesario, sí; pero si no es mejor cualquier otra cosa.

Los arrestos de Tony quedaron anulados. ¿Quién osaría narrar toda la verdad después de aquella exclamación tan sincera? Ya no podía hacer la confesión, no se atrevería a hacerla, so pena de perder todo el terreno ganado, haciendo desconfiar a la muchacha de él. Cambió, pues, de tono agarrándose a la oportunidad de salir con bien que ella inconscientemente le había ofrecido.

—Eso quería decirle, Juanita. Pronto tendré una cosa mejor, de más amplios horizontes. Entonces volveré con mis padres para formalizar todo esto...

Y no acabó de decir más, pues era innecesario; la ternura había asuado a los labios de Juanita, que le agradecía el sacrificio que estaba decidido a hacer por ella. De aquí que su acento se hiciera más íntimo, más insinuante, como si la última barrera que les separaba hubiera sido reducida:

—¿De veras... volverá?

—Por mí no me iría.

—¿Cuándo se va el circo?

Retornó el nudo en la garganta y a duras penas pudo pronunciar lo que era su sentencia de muerte o de vida, si eran verdad los sonos

de su alma. Por primera vez, era capaz, así lo creía, de jugar todo en una carta y no retroceder tímidamente, como un galápago se adentra en su concha, prefiriendo la huida que da la tranquilidad.

—Mañana es la última función... Pero yo la escribiré en cada sitio que vaya.

La resignación, o lo que así se le autojó, de Tonny la enfureció por por fin. Únicamente el recuerdo de la hazaña del día anterior le hizo suavizar la expresión de su contrariedad.

—¿De modo que mañana es la última función?... ¿Y no se le ocurre añadir nada más? — exclamó mientras que él bajaba la cabeza como un culpable.

—¿Qué más?—murmuró.

Juanita, ante esto, notó que su amor crecía, porque iba acompañado de lástima, de cierto sentimiento maternal que la hacía dos veces mujer. Y, a seguir los reproches, prefirió ocultarlos, guiando la conversación por otros derroteros.

—Supongo que el contable de la gerencia bien puede enviarte dos entradas para la función de despedida a una buena amiga para que vaya con su papá.

¿Nada más era eso? No era poco, vamos; aunque sí muy distinto.

Algo confuso, Tonny le contestó, queriendo aparentar naturalidad:

—¿Dos entradas? ¡Claro, las que quiera! ¡Me lo ha quitado usted de la boca! ¡Ya lo creo!

Y deseaba que la tierra se le tragase al ver sus palmoteos.

—¿Qué alegría!... Entonces, ¿para mañana?

—Eso; yo se las mandaré.—se corrigió—: O se las dejaré yo mismo. ¿Está usted contenta?

Contenta era poco. Sin embargo, como pasaran por la acera de enfrente dos señores, cuyas cabezas se volvieron en dirección de la pareja, sorprendidos de que Juanita tuviera galanteador suplicó:

—Más bajo, Antonio.

Los dos hombres, que ya habían sobrepasado a los enamorados, eran Pancho y Sixto, los cuales, conforme a la fama de charlatanes y comadreadores que poseían, miraron disimuladamente desde la esquina, tras de lo cual siguieron andando y hablando:

—¿Eh? ¿Qué tal?

—Ella era la hija de don Laureano—afirmó Sixto.

—A él no pude conocerle de espaldas.

—Seguramente un forastero.

—La feria... Pero, ¡qué callado se lo tenía!—dijo Pancho, parándose ante otra esquina.

—Buenas noches, Pancho.

—No tan buenas como la que está pasando esa parejita... pero lo mejor posible, Sixto.

Ambos compadres aceleraron su marcha con ánimo de comunicar su descubrimiento a sus no menos curiosas esposas. Pancho entró con relativo sigilo en la alcoba matrimonial, en donde Engracia dormía y encendió una débil lucecita de noche, mientras su mujer le nombraba en sueños.

—Engracia, te traigo una noticia—insinuó.

Abrió ella los ojos con trabajo al conjuro de esta palabra. Su marido se acercó a medida que hablaba. Escuchándole se sentó de un salto.

—¿Una noticia?

—Sí; acabo de pasar con Sixto Olivares por la calle de la Encarnación. He visto una pareja hablando por la reja en casa de don Laureano. Ella era su hija, a él no pude conocerle.

Mal disimuló Engracia el placer que le concedía el comadreo. ¡Juanita! ¡Aquella mosquita muerta!

—¿De veras? ¡Y a estas horas!... ¡Qué niñas de hoy! ¿Dices que la ha visto también Sixto Olivares?

—Sí...—titubeó él, como disculpándose del contratiempo.

—¿Y se lo habrá contado a su mujer?

—Supongo...

—¡Qué lástima!

—¿Por qué?

—Porque mañana va su mujer temprano a la Junta del Ropero.

—¿Y qué?

—Que lo va a contar allí antes que yo.

Pancho no había tenido en cuenta esta circunstancia que lamentó, como buen esposo, en el fondo de su alma. ¿Qué le iban a hacer! La cuestión era que la cama ofrecía un aspecto apetitoso y que aun no se había quitado la camisa. Al día siguiente se enfrentaría con los problemas que la sugerencia de su media naranja había despertado en su mente.

Eso era... Mañana sería otro día.

CAPITULO VI

EL FANTASMA DEL PAYASITO

No se equivocó en sus vaticinios Engracia. No en balde había vivido en Villaclara toda su existencia, aburrida y monótona, si no fuera por acontecimientos como el de la noche anterior.

Igual que la piedra arrojada en el tranquilo estanque forma círculos que aumentan en extensión y amplitud, la noticia propagada por la afortunada mujer de Sixto recorrió la ciudad ensanchándose, tomando proporciones inverosímiles, casi catastróficas. La maledicencia, que mira siempre a través de una lente de aumento, cobijó en todos los corazones y animó todas las lenguas el viperino placer de "tocar" hasta la entonces intocable Juanita, la del boticario.

Verdad era que sucesos parecidos no se desconocían en la ciudad; es más, eran la comidilla obligada de cada final de feria, a la que acudían toda suerte de forasteros a hacer de las suyas.

Doña Pepa y doña Encarna, un par de viejas setentonas, se encontraron a la salida de la iglesia y se pusieron a hablar muy bajo y velozmente, como unas comadres que comentan un botín.

—¿Sabe usted lo de la hija de don Laureano? —preguntó doña Pepa.

—Ya me lo han dicho—afirmó su vecina—. Eran las dos de la noche cuando les vieron hablando por la reja. ¿Se ha averiguado quién es él?

—A lo mejor un oficial de los nuevos que han venido a la Remonta.

Ahora bien, lo que la mente fantástica, pero en cierto modo aristocrática de doña Pepa, pudo suponer, se había transformado en cosa verídica, y de las dos de la noche se aumentó a las tres y pico, mientras que el desconocido galantesdor ya "era" un militar. Más tarde fueron las cuatro...

La última versión se dió —¿cómo

no?— en el Casino, ocupándose de lanzarla don Anselmo y don Fernando, un par de viejos verdes, que hacían trepitar la fama de Juanita entre sorbo y sorbo de coñac con sifón.

—Ahora acabo yo de pasar por la calle. Así tiene la reja los barrotes de separados — dijo don Anselmo, indicando una anchura no despreciable.

—Espera, espera — suplicó don Fernando, metiendo la cabeza entre las dos manos de su interlocutor.

Cambiaron un guiño y se sonrieron maliciosamente.

—¡Tírl... tírl... tírl! — exclamó don Fernando.

—¡Tírlón... tírlón! — concluyó don Anselmo.

Lo cual, aunque fuera simulado lenguaje de ave, era lo suficientemente expresivo para merecer otro sorbito de coñac.

Como ocurre en estos casos, don Laureano fué el postrero en enterarse de lo acontecido. Ni corto ni perezoso, llamó a juicio a su hija y le espetó su conocimiento de la aventura, dando valsones por la rebotica, con gestos más estudiados que auténticos de enfado.

—No es que yo dé oído a murmuraciones—dijo—; pero me gustaría saber de tus labios, hija, la

medida exacta de la cosa. ¿Es cierto lo que he oído?

Juanita agradeció a su padre que concediera el beneficio de la duda a su falta y con este respiro se sintió animada a hacer una confesión general, quitando, claro está, importancia al asunto.

—Es cierto... lo que has visto—recalcó—. El señor Ruiz no es mi novio. Me ha acompañado estos días de feria, hemos simpatizado, hemos hablado...

—Por la reja... Tú sabes que no es costumbre aquí, en feria — reanudó sus paseos—. Y... ¿te interesa?

Lo hizo esta pregunta tan rápidamente que Juanita sonrió para ocultar su timidez. Desde la muerte de su madre don Laureano había hecho de padre y, de la mejor manera posible, las veces de madre. Pero como únicamente una mujer puede abrir su corazón a otra, por cariño que exista entre individuos de sexos opuestos, resultaba un poco duro franquearse del todo.

—Un poco, papá. Es muy amable conmigo. Mira, acaba de mandarnos estas entradas para la función de despedida del circo—dijo alargándoselas.

Tomólas don Laureano, y aprobó, leyendo el programa que las acompañaba:

EL FANTASMA Y DORA JUANITA

—Muy fino detalle. Gran sorpresa. Primer número: Tonny y su mona "Doña Micsela"... A mí los payasos no me hacen gracia.

—A mí, sí—contestó Juanita.

Siguió su lectura el farmacéutico:

—Pero hay números de animales. Esos suelen ser interesantes e instructivos en cierto modo. En fin, Juanita, despreciamos las habladerías de lo desocupados—dictaminó, besándola en la frente.

El público se había volcado literalmente sobre la taquilla del circo y adquiría localidades gastando los últimos ahorros reservados para la feria. Sobre el cartel anunciador de la función había cruzada una gran franja que relataba: "Gran sorpresa", contribuyendo a la excitación, auxiliado por el órgano automático, que esparcía a los cuatro vientos los acordes de "El barbero de Sevilla".

En el centro de la pista, y observado por las butacas vacías, el elenco de la atracción ensayaba una especie de apoteósico final, dirigido por Brochard, que marcaba el ritmo, en tanto que la bella Ernestina ocupaba el privilegiado rango de "vedette".

—Nos hemos comprometido en el programa — gritaba el director—. Hemos anunciado este número co-

mo "gran sorpresa"... Así la sorpresa va a ser que nos tiren algo... Más compás, más compás—ordenó, sin que nadie le hiciera caso.

—Sin compás resulta más moderno — contestó Ernestina, que participaba de la anarquía general.

Envióle después tal mirada que, como de costumbre, Brochard se amansó y disolvió a los ensayantea, que marcharon a vestirse. Tonny, en su vagón, se pintaba tristemente, muy preocupado, hablando con la mona a falta de alguien mejor a quien comunicar sus cuitas.

—¿Crees que me conocerá si me pinto mucho? ¿Verdad que no? ¿Y la voz? "Señoras y señores..." ¡Dios mío, me va a conocer por la voz!

Separóse del espejo y desesperado se dejó caer en la cama, cogiéndose la cabeza entre las manos y golpeando con el pie unos papeles arrugados que había en el suelo.

Como un sonámbulo, alió uno de los muchos que denotaban su deseo de narrar la verdad a Juanita.

"Querida Juanita: Tengo que confesarme con usted. Antonio Ruiz es, en cierto modo, el fantasma inexistente que usted anoche temió que fuera. Ni me llamo así, ni tengo padres, ni he sido nunca contable. Soy un payaso, sin gracia ni porvenir... La única verdad de

EL FANTASMA Y DOÑA JUANITA

todo es mi deseo de haber sido cuanto dije y más para poder..."

¿A qué seguir leyendo? Estrujó el inútil papel con coraje, de la misma manera que hubiera destrozado su cobarde corazón. Inconscientemente, maquinalmente, se puso de nuevo ante el espejo. La mona, como si comprendiese la causa de su tristeza, que sólo residía en él, saltó silenciosa y le abrazó, en tanto que él intentaba separarla.

La orquesta del circo atacó una sinfonía con gran brío y optimismo, que tenía el eco en Brochard, al contemplar, entre las cortinas, el circo lleno de bote en bote.

—¡Magnífico! No cabe un alfiler. Vamos, preparados todos. ¡Avisad a Tonny!

Se escanció un vaso de cerveza y aprobó el monstruoso maquillaje de Tony. El muchacho quería hacer honor a la función extraordinaria. Pero estaba muy equivocado. Tonny no sabía realmente en dónde estaba. Le semejaba flotar en un mar tenebroso, cuyas olas le zarandearban como a un corcho. Varios artistas tropezaron con él y le apartaron bruscamente, sin que su mecánica sonrisa y su eterno aspecto de pedir perdón le abandonasen.

Cuando le llegó el turno, fué necesario que el director de la pista le llevara arrastrando de un brazo

hasta las cortinas, probando hacerle reaccionar. El murmullo de la gente aumentó su nervosismo, su congoja, y suplicó:

—¿No podría esperar unos minutos? No estoy bien. Dígaselo al señor Brochard. Me va a fallar la voz—y quiso hacérselo ver.

Pero el director no le hizo caso y salió para anunciarle. Tonny, a través de las cortinas, buscó a Juanita y a su padre, que sentados en buen lugar escuchaban el vocero de Brochard. Casi se desmayó al oír su nombre en boca del jefe; don Laureano y su hija no reaccionaron de manera alguna. Sin embargo, Tonny quiso huir... Sonó la música y la mano de Brochard le impelió a la pista.

Tan fuerte fué el estirón que avanzó tambaleándose, y de pronto se quedó parado sin atreverse a decir nada. Se oyeron algunas risas, que en otro caso le hubieran enorgullecido; en aquel instante, le producían el efecto de que se agigantaba, crecía a los ojos acusadores de Juanita y que el maquillaje se borraba de su cara hasta dejarla limpia.

Hizo un involuntario gesto de perdón. Juanita y don Laureano reían con indiferencia. La voz del director de la pista le tornó a la realidad. Si hubiera escuchado lo

EL FANTASMA Y DORA JUANITA

que decía el farmacéutico, hubiera sido dichoso:

—El primer número es siempre de relleno.

—Sí, claro—convino Juanita.

Tonny sacó una ocarina y tocó en un sitio y en otro, impidiéndoselo siempre el director. Hizo algunos chistes malos que no conmovieron al público ni, asimismo, a quienes le interesaban. Lentamente fué recobrando su aplomo y por último acabó su número... mientras que Juanita hacía una pajarita con el programa y cambiaba unas palabras con su padre.

Libre de aquel martirio, creyó renacer. Entró, pues, gozoso en el pasillo del circo... No tardó en advertir que este lugar y las personas que lo llenaban producían una impresión extraña, como si algo anormal aconteciera. Los empleados corrían de un lado para otro, presas de gran inquietud, que culminó al pasar corriendo la Bella Ernestina a modo vestír y gritando, con un acento terrorífico:

—¡Qué horror!... ¡Qué horror!

El prestidigitador se cruzó en otra dirección, con un bulto inmenso a cuestas y con un apresuramiento similar, lanzando unas palabras sibilinas, que restallaron en el aire como látigos. Decía:

—¡Hay que avisar al público!... ¡Pronto!

Fuera lo que fuese lo que tenía que ser avisado, él no tomó sobre sí la responsabilidad de hacerlo, prefiriendo innegablemente la calle, hacia la que trotaba con toda la agilidad de sus cortas piernas. El sentido de la anormalidad aumentó su poder en Tonny. Su maquillaje pareció descomponerse en una mueca de aterrorizada perplejidad...

Sin saber qué hacer, pero sabiendo que tenía que hacer algo, miró hacia un lado y otro, con los músculos agitados por un violento temblor, semejante al de las fieras cuando olfatean el peligro. Desorientado, aturrullado, chocó con un mozo, que le avisó:

—¡Quítese de en medio, señor Tonny!... ¡¡Hay fuego!!

¡¡Fuego!! La espantosa palabra le sacudió de pies a cabeza. Dió unos pasos sin rumbo fijo. Entre los gritos se destacó la voz de Brochard y hacia él, guiado por la disciplina que el director le había impuesto, se encaminó.

Monsieur Brochard estaba ante el vagón de su propiedad, rodeado de empleados que enviaba sucesivamente al interior, de donde salían cargados de bultos y objetos. Después marchaban a la calle sin

EL FANTASMA Y DOÑA JUANITA

parar cuenta más que en sí mismos. Brochard se tiraba de los pelos.

—*Mon Dieu!* ¡Y aun no tengo formalizado el seguro con "La Napolitaine"! ¡Hay que avisar a los bomberos!

El trapecista que iba con él, le miró y aseguró en tono perentorio:

—¿Y el público?... ¡Hay que avisar al público!

Poco a poco el desconcierto general dominó a Tonny. Le pareció que se hacía un gran silencio y que desde la pista llegaban las rítmicas palmadas y las voces de la gente exigiendo la continuación del programa.

Así era en efecto. Desorientado por completo, asió de la manga a un empleado viejo, sacudiéndole con violencia hasta que le prestó atención:

—¿Puede usted explicarme?... ¿Hay peligro para la gente?

—Y para usted también, señor Tonny...—fué la réplica del hombre.

Inmediatamente se soltó, mientras Tonny levantaba la mirada hacia el techo.

¡Las maderas y las lonas que lo formaban estaban ardiendo como yesca! El humo comenzaba a espesarse haciendo irrespirable la atmósfera. No tardaría mucho en pe-

netrar en la pista, pero ya sería tarde...

Angustiado, resuelto, sin embargo, se precipitó a la pista y apartó las cortinas con los ojos fuera de las órbitas. El público continuaba aplaudiendo rítmicamente y pidiendo otro número. La inesperada, la casi trágica aparición de Tonny, del payaso, tuvo el efecto de cortar en seco sus demostraciones de impaciencia, a medida que un silencio, el gran silencio precursor de la muerte, abarcaba el local.

—¡Señores!... ¡A la calle todos!... ¡A la calle! ¡Hay fuego! ¡Hay fuego!

La inmensa mayoría del público respondió en el acto a su capantoso aviso. Se levantó en masa, con los rostros pálidos y tensos. Algunos espectadores saltaron en un abrir y cerrar de ojos a la pista. A pesar del poderoso estímulo que es para las multitudes un sentimiento común, especialmente el del pánico, una persona conservó la sangre fría y avisó:

—¡Calma! ¡Calma! ¡Esto debe ser la "Gran Sorpresa"!

La gente se serenó como una balza de aceite y hasta algunos reaccionaron de su espanto anterior con risotadas nerviosas.

—¡Claro!... ¡Qué tontería!... ¡La "Gran Sorpresa"!

EL FANTASMA Y DORA JUANITA

Un niño rompió a llorar dramáticamente, enderezando los espinazcos de muchos y su madre le quiso consolar diciendo:

—¡Calla, monín! ¡Si es una broma!

Pero no, Tonny no se dejaría vencer con tanta facilidad. Su angustia crecía, puesto que cada minuto que pasaba era una probabilidad de menos para muchas vidas. Notaba en su pecho un dolor como si el fuego se alimentara en él para brotar a atacar a sus semejantes.

—¡Por piedad, señores! ¡Que es cierto!... ¡Que hay fuego!... ¡El techo, el techo!—aulló, mirando y señalando la parte aludida.

Obedecieron a su imperio...

Hubo una brusca reacción de terror que hizo saltar a los espectadores como locos en momento de furia. El techo era pura brasa; algunas vigas amenazaban caer.

Las salidas eran escasas para tanta gente, que, incapaz de moverse con la soltura descada entre las sillas, se desbordó invadiendo la pista, precipitándose hacia el lugar ocupado por don Laureano y Juanita.

—¡Juanita!... ¡Juanita! —gritó Tonny, corriendo hacia ellos.

Pero fué una carrera sin fin. Un trozo de viga con trozos de lona adheridos y ardiendo, le golpeó en

tre los hombros, derrihándole al suelo. El payaso perdió el conocimiento y las brasas continuaron chisporroteando sobre él...

Los que habían presenciado la suerte del payaso se sintieron espoleados, dando olvido a cualquier vestigio de humanidad. Chocaron tumultuosamente, sin rumbo fijo, empujando a los afortunados que estaban más próximos a la salida.

Un tropel de gente separó a Juanita de don Laureano, cuando ya se creían a salvo, haciendo retroceder a la joven, que sola vocaba como una alucinada:

—¡Papá!... ¡Papá!

Don Laureano casi fué arrollado por la gente. El mismo perdió el decoro y luchó como un energúmeno por abrirse paso hacia la vida, hacia el exterior que se le antojaba tan lejano...

El circo ardía por sus cuatro costados y aun de su interior seguía vomitando público, que se confundía con los curiosos llegaos a contemplar el siniestro. Monsieur Brochard, la Bella Ernestina y el resto de los artistas observaban la enorme tea, coincidiendo en desesperación con el director, que se paseaba de un lado a otro.

—¡El servicio de incendios! Pero ¿no hay servicio de incendios?

Y quizá por primera vez, la Bella

Ernestina le secundaba con todas sus fuerzas, uniendo sus protestas a la de él. Salieron los últimos artistas y empleados de aquella boca infernal, de la que brotaban llamaradas, volaban trozos de lona, se desplomaban vigas ardiendo. Las fieras rugían en sus jaulas que algunos habían ido a arrastrar a salvo, exponiendo sus vidas...

Juanita prosiguió llamando a su padre, así que estuvo en el exterior, y estuvo a punto de tropezar con ella Brochard, que, con la Bella Ernestina sobre sus talones, atravesaba la multitud pidiendo a voz en grito el auxilio del servicio de incendios.

Desafortunadamente para Brochard, el benemérito cuerpo de bomberos de Villalara estaba compuesto por personas, cuyos diversos menesteres los tenían ocupados a aquellas horas.

El barbero estaba afeitando a un cliente, al que dejó muy a pesar suyo, en nombre del sacrosanto deber.

El sacristán dejó sus velas por el casco de bomberos y se unió al sastre en la impropia tarea de arrastrar una vieja bomba cubierta de polvo y de telarañas, estando en un tris de atropellarse mutuamente.

—¡Vamos! ¡De prisa!

—¡Cuidado, "Latines"! No hay que atropellar.

La Alameda estaba llena de gente que paseaba o escuchaba distraídamente a la banda, cuando se oyó el volteo de las campanas tocando a fuego. En un decir Jesús cambió su aspecto. Los que estaban sentados, se levantaron, y los que estaban en pie, dieron el ejemplo corriendo escapados.

—¡Hay fuego! ¡Fuego!... ¡En la feria!... ¡En el circo!

Los componentes de la banda se detuvieron siguiendo la indecisión de su director y algunos se levantaron tímidamente, descosos de saciar su curiosidad, dejando de tocar y cercanos a hacer lo mismo con sus instrumentos. Pero el director, consciente de sus deberes, había recobrado la sangre fría y con un gesto autoritario arrojó a los desertores y, alzando la batuta sobre su cabeza, reanudó el concierto interrumpido.

El circo seguía ardiendo, cuando llegaron los bomberos. Ya nadie sabía de él y semejava la hárbara pira mortuoria de las muchas esperanzas e ilusiones que Brochard había puesto en él. La muchedumbre contemplaba las llamas en silencio y fué dividida en dos por los bomberos, que en el acto prepararon las mangas.

El alcalde y dos fieles serenos se aproximaron jadeantes al lugar en que *monsieur* Brochard mascullaba sus improperios sobre todas las organizaciones habidas y por haber y otros sombríos e indeciables pensamientos.

—*Monsieur! Monsieur!* ¡Han llegado los bomberos! ¡Están actuando ya!

Brochard se irguió, con la Bella Ernestina a su derecha, y exclamó tenebroso:

—¡Ahora! ¡Cuando ya no hay esperanzas!

Mas el alcalde no se arredró de su ademán.

—Venga usted, señor Brochard... ¡Orienteles, explíquelos!

Y alzando el bastón con energía trazó un sendero por donde pasar.

Juanita aun buscaba a su padre del que todos daban las noticias más inciertas. Algunos caritativamente afirmaban haberle visto, mas no sabían dar razón de él. Angustiada por la impresión de los detalles, les abandonó entregados a la observación de las manipulaciones de los bomberos.

El alcalde asentía nerviosísimo a las indicaciones de Brochard, que se había apoderado de la dirección de las maniobras. Los bomberos trabajaban como unos locos en poner en juego la atascada y vieja

manga de incendios, y su justificada lentitud, originaba en el director un estado de ánimo semejante al de su ya arruinado circo.

—¡Rápidos! ¡Vamos! ¡Rápidos! —ordenaba como era en él habitual.

—¡Agua! —avisó el sacristán— ¡Agua, va!

Ayudado por unos moros, "Latines" impulsó frenético la bomba, enviando al liquido elemento con la fuerza y la velocidad de una bala sobre los intrigados curiosos, a los que puso hechos una lástima. Aquello fué la puntilla para Brochard. Se separó abrumado de los bomberos aficionados, evitando al alcalde, que se deshacía en explicaciones.

—*C'est intolérable!* ¡Es una vergüenza! ¡La ruina! ¡Y sin formalizar el seguro de "La Napolitaine"!

El alcalde le aseguró, en sus deseos de consolarle:

—Para el próximo ejercicio tenemos presupuestado un excelente servicio de bomberos. Regirá en enero. Si el incendio hubiera sido para entonces...

—¡Cállese! —explotó Brochard—. En Francia no hubiera ocurrido esto.

Como éste era un flaco consuelo, dió rienda suelta a su furia. Juanita, que en su peregrinación para el hallazgo de su padre, se cruzó ante él, paróse acometida por una súbi-

EL FANTASMA Y DOÑA JUANITA

ta idea y volvió sobre sus pasos, abordándole con algún reparo.

—Señor... usted que es del circo, ¿puede decirme algo de don Antonio Ruiz, el de contaduría?

—¡No hay tal! Antonio Ruiz en contaduría, *mademoiselle!*

Y se retiró malhumorado a llorar su infortunio. Juanita se quedó desorientada por su exabrupto durante un momento; después, atribuyéndolo al natural dolor de la pérdida, aunque barruntando que en todo aquello había un atisbo de verdad, se acercó al director de la pista.

—Señor, por favor. ¿Dónde está Antonio Ruiz, el contable?... El de la gerencia...

El director la contempló extrañado. Hay gentes que se vuelven locas ante el peligro. Y sintió lástima de su pálido rostro y de sus ojos anhelantes.

—¿Contable?—tartamudeó—. No existe tal Antonio Ruiz.

Con lo cual la consternación de Juanita subió de grado. ¿Acaso había sido víctima de un sueño? ¿Sería una de aquellas mujeres que permanecen toda la vida esperando al príncipe encantado y que, cuando éste no llega, como muchas ve-

ces ocurre, lo forjan tan vívido en su fantasía que acaban por creer en su existencia real? ¿O, acaso?...

—¡Juanita, hija mía!...

¡Era su padre! Se abrazaron estrechamente otorgando a su alma el lenitivo de que estaba necesitada. Juanita sollozó al sentirse entre los cálidos y amantes brazos paternales, porque éstos sí que existían para defenderla de todo lo que atentaría contra ella...

—¡Papá, papá!

—¿Qué horror, hija! ¡No te encontraba! ¿Te ha pasado algo? ¿Estás bien?

Sin responder a su pregunta, le replicó obsesionada:

—¿Sabes que he preguntado por nuestro amigo el señor Ruiz y me han dicho que no existe?

—Lo mismo me han dicho a mí —contestó indiferente.

Juanita se abrazó fuertemente a él, buscando protección contra sí misma. El fuego empezaba a decrecer; del circo únicamente quedaba una gran hoguera. La Alameda estaba desierta, vacías las sillas y las pocas luces encendidas iluminaron a Juanita y don Laureano que cruzaban la plazoleta en dirección de su casa, sin aflojar su fuerte abrazo.

* * *

El día siguiente fué semejante al sueño de un enfermo. Juanita supo por su padre que nadie conocía al señor Ruiz y que no había más muertos que un niño y el payasito sin gracia, que abría el programa. La indiferencia se apoderó del alma de la joven al escuchar esta noticia, que cerraba una época de su vida.

—Entonces, papá, ¿cómo te explicas todo esto?

—¿No nos habrá engañado el muchacho?—dijo su padre con cariño—. ¿No sería efectivamente un viajante de esos que vienen a la feria, que acaso se marchará en el tren de la mañana siguiente?

Juanita lo interrumpió, porque la lógica de su padre la hería, le arrebatava la única poesía que la rescatava: la del recuerdo.

—¡No!... ¡No puede ser, no puede ser!

Calló su padre sin saber qué de-

cir, mientras Juanita se desplomaba en un sillón. De la calle llegó un largo murmullo, eco de un canto ritual. Se asomó el boticario y anunció:

—Es el entierro de las víctimas. Voy a verlo desde la botica. No hay nadie abajo.

Juanita, en cuanto estuvo sola, suspiró anhelante y con fuerza. Impelida por una sensación inefable, maquinalmente recorrió una cortina del balcón y contempló los dos entierros, tan diferentes uno del otro. El del niño, suntuoso y seguido por mucha gente; el otro, más modesto, sin compañía, llevaba a su última morada al payasito sin gracia del circo, que, no obstante, había hecho acelerar los latidos del corazón de una mujer...

Juanita, con el egoísmo de los que sufren, indiferente, volvió la espalda al balcón como si nada hubiera visto, ni le importase ante el dolor que la atormentaba...

* * *

Hubo, como si nada hubiera sucedido, la acostumbrada reunión en la rebotica y no faltó ni uno solo de sus contertulios habituales, tanto más cuanto había mucho que comentar. Se cambiaron los más diversos pareceres sobre las causas del incendio y por fin Machuca, escudándose en la amistad, osó indagar qué había sido del pretendiente de Juanita.

Todos le reprobaron la curiosidad, sobre todo al advertir el gesto de contenido malestar de la joven. Su padre se apresuró a responder por ella, queriendo terminar de una vez para siempre la historia.

—Nada... ¡Un amigo de feria! No hemos sabido más de él. Yo creo que no estaba empleado en el circo...

—Yo creo que sí, don Laureano —opuso el sacerdote—. En el circo me hablaron de él; le conocían per-

fectamente. Me dieron excelentes informes, por cierto... Persona con autoridad en el circo, me dijo que era un gran muchacho.

—Pues yo no logré que nadie me diera cuenta de él—respondió el boticario muy convencido.

—Yo sí. Ahora que no podrían repetírmelo, pues comprendo que el que habló conmigo fué el payaso que enterraron aquella tarde.

Lo dicho por don Elpidio, de cuya seguridad mental no cabía duda, causó una extraña impresión en la tertulia. Reinó el silencio que el reloj turbó dando la una. Don Laureano estaba molesto.

—¡Qué extraño!

La tirantes se hizo insoportable. Machuca, intentando cambiar la conversación, propuso con un tonillo irónico acompañado de cierta sonrisa:

—¿Y si hubiera sido un fantasma?

EL FANTASMA Y DORA JUANITA

ma? ¡A ver si este año es para Villalera el del segundo fantasma!

Juanita, que desde que la conversación iniciaba aquel giro, sentía un gran desasosiego, sin poderse contener se levantó del asiento retorciéndose las manos y como hipnotizada se despidió de la reunión. Todos se miraron con extrañeza... que hubiera creído de poder presenciar el comportamiento de la muchacha Penetró en el cuarto de

enredos, dió unos pasos y, como otra vez, se paró en el centro de la habitación.

La luz del exterior proyectaba sombras movedizas en la pared, creando seres fantásticos, dramáticos. Juanita ahogó el grito que subía a sus labios y con gran premura abrió la ventana de par en par... Y se anonadó:

La calle estaba desierta...

No había nada.

CAPITULO VII

EL SORTILEGIO DE DOÑA JUANITA

Y la voz emocionada de doña Juanita, cuyas manos estrujaban las de su sobrina, terminó su relato, diciendo:

—A partir de aquel día empezó a nacer en la ciudad la leyenda del Fantasma y doña Juanita. Se llegó a decir, pasando algunos años, que yo había sido amada por un fantasma, por un ser incorpóreo... Yo misma lo llegué a creer alguna vez. Sin embargo, hija, cuando pienso bien, comprendo que no, que fué una realidad. Recuerdo su voz, el calor de sus manos; y hasta he vivido con una esperanza absurda: ¡sí volviera!

—¡Tía Juanita!

—Mira: todavía cuando se abre inesperadamente una puerta, me sobrecoge un estremecimiento inefable, como si fuera a entrar él... ¿Comprendes ahora por qué no se puede ocultar un amor?..

Las últimas palabras de la solterona flotaron en el aire como el an-

tiguo acorde de un clavecino. Las dos mujeres se contemplaron en silencio, abstraídas, comprendiéndose...

De pronto un débil sonido las enderezó. El picaporte se había movido. La puerta se abría. El rostro de ambas expresó el "sentimiento inefable" de que habían hablado momentos antes. La puerta semejó agigantarse... ¿Renacería la ilusión?

—Señora, señora—dijo la voz de Clara—. Un conflicto, que no acaban de llegar los licores. Menos mal que los invitados también se retrasan...

—Más van a retrasarse—anunció la solterona—. Que avisen, que telefonen a todos que la fiesta se aplaza hasta dentro de unos días.

Rosita se puso en pic. De repente las piernas se negaron a sostenerla y se desplomó en el sofá, con los nervios deshechos y muy cercana a llorar.

EL FANTASMA Y DORA JUANITA

Doña Juanita le posó la mano en la espalda, en tanto que con la otra le levantaba la barbilla para mirarla de hito en hito.

—¡Tía!... ¿Qué dices?... ¿Qué vas a hacer?... Mi mal ya no tiene remedio... Tendré que resignarme a haber querido, como tú, a un fantasma...

Doña Juanita la apaciguó:

—Hija... Todo tiene remedio, menos la muerte.

—¿Y no es un poco de muerto esto que me pasa a mí?...

—No hay más que una muerte verdadera—continuó doña Juanita.

—Cuando ésta se acerca se atreve uno con todo lo demás.

Rosita, con los ojos muy abiertos, frente a su tía, quería explicarse y no podía cómo las negruras que marcaban calamidades en el camino de su vida se ahuyentaban barridas por luces de claridad y de esperanza...

* * *

Y pocos días después, una realidad, una hermosa realidad, daba gozo al conturbado espíritu de Rosita.

"El Eco de la Región" publicaba otra nota de sociedad—el mayor éxito de tirada que recordaba el periódico—en la que se decía: "Petición de mano. Por una ligereza de nuestro cronista, se anunció equivocadamente el próximo enlace de la bellísima señorita Rosita Izquierdo con don Serafín González, cuando en realidad es el joven don José

Palacios quien ha de llevarla al altar. Esta tarde se celebrará una fiesta en casa de doña Juanita Izquierdo para anunciar el acontecimiento a los familiares y amigos de los novios."

Como se comprenderá, hubo mucho que vencer por parte de doña Juanita para que las cosas quedaran arregladas dentro de la mayor corrección, evitando el aparente disgusto de los padres de Rosita y el ridículo en que forzosamente quedaba el pobre de don Serafín.

EL FANTASMA Y DORA JUANITA

Pero tal maña desplegó, tanto puso de ella misma en favor de su sobrina, que bailando los novios en la animada fiesta de petición aun creían que todo pudiera venirse al suelo... como temerosos de algún sobrenatural poder de encantamiento.

José Palacios recordaba su escena del jardín, y seguía mirando, con cierta extrañeza, su indumentaria elegante y cuanto le rodeaba en aquel salón.

—Esto es un sueño. Parece que voy a despertar a la realidad de un momento a otro, porque esto más bien parece cosa de brujas o de fantasmas.

Rosita hizo un gracioso mohín y le tapó la boca con la mano.

—¡Calla! No hables de fantasmas... porque al fantasma de doña

Juanita le debemos nuestra felicidad...

Y doña Juanita, que no apartaba sus ojos de ellos al verles sonreír dichosos, recordó involuntariamente el único baile igual de su juventud, el bailado con el supuesto Antonio Ruiz.

¡Aquella felicidad se debía a ella! Y compenetrándose con los jóvenes supuso que ella misma estaba bailando con Antonio y que éste le decía unas palabras...

¿De agradecimiento quizá?

Tal vez, porque al volver a la realidad, doña Juanita tenía en los ojos un destello de serenidad y de cumplimiento, como si la vida la hubiera saciado por fin, permitiéndole vencer, en otras personas, a su "fantasma".

F I N

Gran éxito:

Cancionero EXITOS DEL DIA

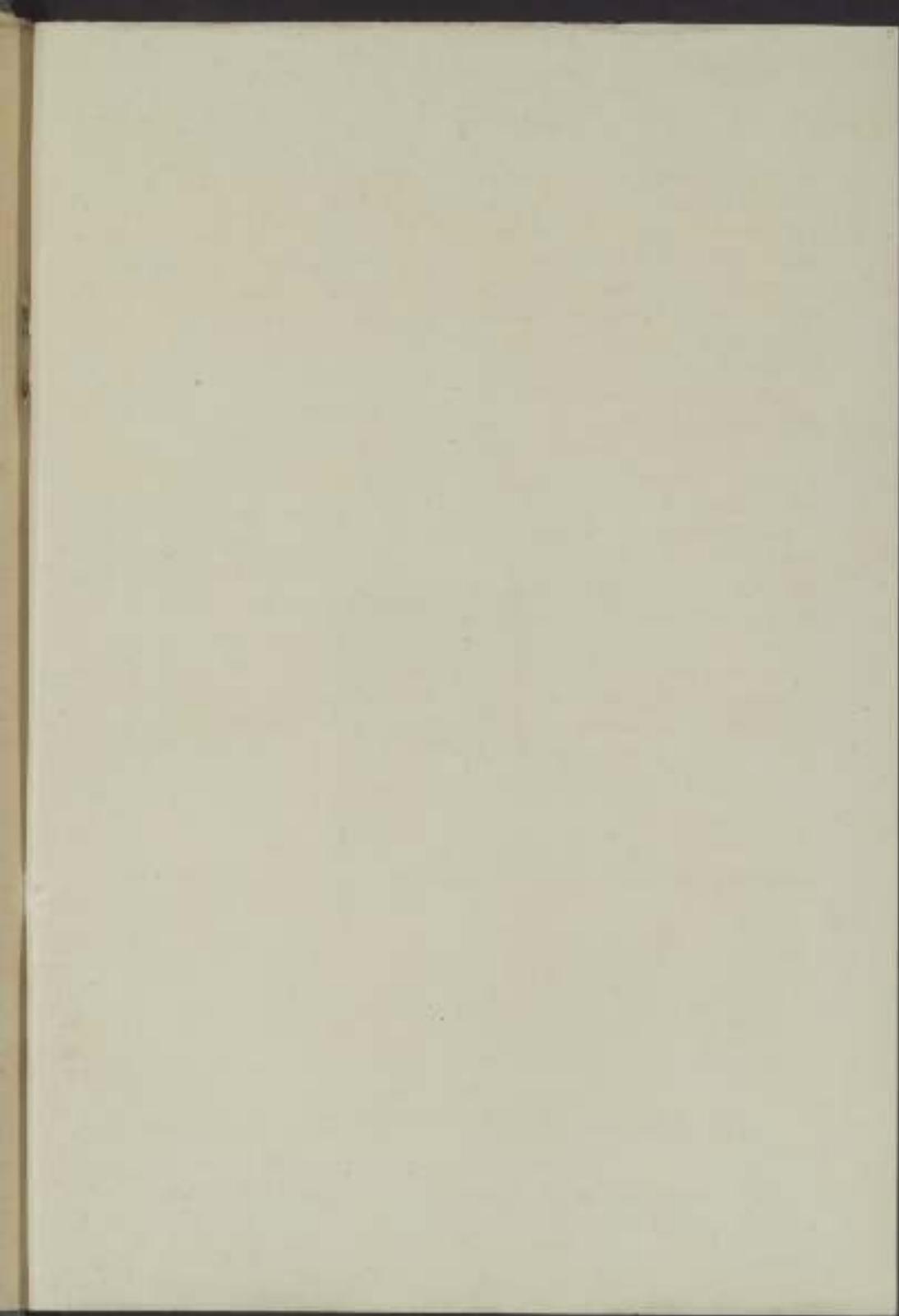
200 Canciones de actualidad

Ptas. 2'50

GUADALCANAL (Película Gráfica)

Ptas. 1

(En breve, en las Ediciones Especiales, a 2'50 Ptas.)





Cuarenta T. G. I. SOPENA
Presidencia, 60 - Barcelona